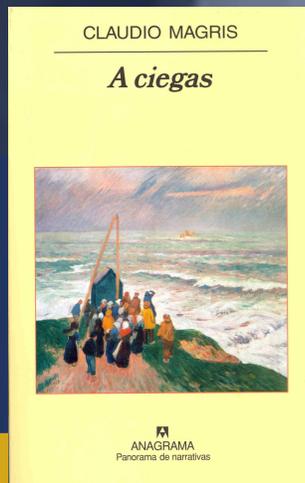




Visita
al territorio de

Claudio Magris



1

Querido Cogoi, a decir verdad no estoy seguro, por más que haya sido yo quien lo escribiera, de que nadie pueda contar la vida de un hombre mejor que él mismo. Claro que esa frase tiene un signo de interrogación; es más, si no recuerdo mal —han pasado ya tantos años, un siglo entero, el mundo aquí alrededor era joven, un amanecer húmedo y verde, aunque ya era una prisión—, lo primero que escribí fue precisamente ese signo de interrogación, que afecta a todo lo demás. Cuando el doctor Ross me incitó a redactar esas páginas para el anuario, me hubiera gustado —y hubiera sido honesto— mandarle un montón de folios con un signo de interrogación como una casa de grande y nada más, pero no quise ser grosero con él, tan benévolo y amable siempre, a diferencia de otros, y además no se trataba de irritar a una persona que puede hacer que te quedes sin un buen enchufe, como la redacción del almanaque de la colonia penitenciaria, y que te envíen al infierno de Port Arthur, a que te crucen la espalda a zurriagazos con el látigo de nueve tiras si, extenuado por todos aquellos pedruscos y por el agua helada, te sientas tan solo un instante en el suelo.

Así que puse entre signos de interrogación solo la primera frase, y no toda mi vida, mía, suya, de quien sea. La vida —decía Pistorius, nuestro maestro de gramática, acompañando con gestos circulares y sosegados las citas latinas en aquella aula pintada de un rojo que por la tarde se ensombrecía y apagaba, brasas de la infancia que ardía en la oscuridad— no es una proposición ni un aserto, sino una interjección, un signo de puntuación, una conjunción, como mucho un adverbio. En cualquier caso, nunca una de las así llamadas partes principales de la oración —¿Está

seguro de que decía realmente eso? Ah..., sí, doctor, es posible, tal vez no fuera él quien usara esta última expresión, debió de ser la maestra Perich, luego Perini, en Fiume, pero más tarde, mucho más tarde.

Por lo demás, esa pregunta inicial no se puede tomar en serio, porque contiene ya su más que sabida respuesta, como las preguntas que se hacen a los fieles en un sermón, alzando el tono de la voz. «¿Quién puede narrar la vida de un hombre mejor que él mismo?». Nadie, desde luego, parece que se oye el murmullo de la gente que responde al predicador. Si hay algo a lo que me he acostumbrado, es a las preguntas retóricas, desde que, en la cárcel de Newgate, escribía los sermones para el reverendo Blunt, que me pagaba medio chelín por cada uno de ellos y mientras tanto jugaba a las cartas con el guardián, esperando a que fuera a jugar yo también, así recuperaba muchas veces aquel medio chelín —no tiene nada de raro, estaba allí dentro también porque lo había perdido todo en el juego.

Pero por lo menos allí, en aquel calabozo, mientras escribía ante aquellos muros cochambrosos, era yo quien formulaba aquellas falsas preguntas, aunque fuera luego el reverendo el que se desgañitara con ellas desde el púlpito, mientras que en otras partes, por todos los lados, antes y después, durante años y más años y *per saecula saeculorum* me las han gritado en los oídos. «Así que toda aquella marimorena de Islandia la armaste tú solito, así, por amor a aquella pobre gente raquítica y tiñosa, sin que nadie te echara una mano para poner patas arriba todo el orden de los mares de Su Majestad, verdad, entonces escupiste sin pensar que estabas allí en fila con los demás escuchando el discurso del nuevo comandante del penal», y venga zurriagazo va y zurriagazo viene con el látigo de nueve tiras, «así que no reconoces esa cara de comunista, no la has visto nunca y esas octavillas te las encontraste en el bolsillo por puro milagro», y venga palos y puntapiés, «entonces no eres un espía, un traidor que ha venido a sabotear, haciéndose pasar por un camarada, la Yugoslavia libre y socialista de los trabajadores, a lo mejor eres un cerdo fascista italiano que quiere recuperar Istria y Fiume», y venga con la cabeza en el agujero del retrete o a correr lo más rápido posible entre las filas de los presos, que mientras pasas delante de ellos tienen que apalearte lo más fuerte que puedan y gritar «¡Tito Partija, Tito Partija!» —pero de dónde vienen todos estos gritos, qué

ruido es ese, ya no oigo nada, de quién es este oído ensordecido aturdido que ya está fuera de combate, debe de haber sido un garrotazo y si alguien lo ha atizado alguien ciertamente lo habrá recibido, yo o bien otro.

Bueno, ya pasó, el alboroto se atenúa. También era esta una pregunta retórica; es mi oído, este, ya que usted, doctor Ulcigrai, se agacha hacia el otro, el izquierdo, cuando me pregunta «Así que tu verdadero nombre es Jorgen y esto lo has escrito tú», mostrándome el viejo cartapacio que encontré en aquella librería de Salamanca Place. Al menos usted no levanta las manos, es más, es amable, no se ofende cuando le llamo Cogoi, ni siquiera insiste en las preguntas. Si me quedo callado, me deja en paz, pero mientras tanto me lo ha preguntado y es inútil, porque usted ya conoce la verdad, o bien cree conocerla, lo que viene a ser lo mismo, y en cualquier caso conoce ya mi respuesta, cuando le contesto —si no, me la sopla, me la pone en la punta de la lengua.

Una respuesta firme y segura, en lo esencial; a veces, lo admito, un tanto confusa en los detalles. Pero cómo no iba a serlo con todo este ir y venir, con todas las cosas que se encabalgan, años y países y mares y cárceles y rostros y hechos y pensamientos y más cárceles y jirones de cielos en el crepúsculo de los que la sangre mana a borbotones y heridas y fugas y caídas... Y la vida, tantas vidas, que no es posible mantenerlas juntas. Sobre todo a uno, extenuado por los interrogatorios sin tregua, le resulta mucho más difícil poner las cosas en orden, muchas veces no reconoce ni su voz ni su corazón. ¿Por qué cada cierto tiempo, moviendo adelante y atrás esa cinta, me hace repetir sus preguntas? Quizá para imprimírmelas mejor, ya entiendo, es verdad que a veces me pierdo, pero así, oyéndole a usted hablar con mi voz, me pierdo todavía más. En cualquier caso, cuanto más te interrogan, menos sabes qué responder —cae uno en contradicciones, dicen, y te ponen todavía más contra las cuerdas, por las buenas o por las malas, según el oficio que tengan.

No sé muy bien lo que quiere decir contradicción, pero lo que sí sé es que se cae en ella, eso está fuera de dudas. Y se desaparece, virutas absorbidas por remolinos de agua en el sumidero —aquí en el hemisferio austral el agua de la bañera gira en torno al agujero en sentido contrario a las agujas del reloj, en cambio en nuestra tierra, allí abajo, es al revés, en el

sentido de las agujas. Se trata de una ley física, según he leído, les llaman las fuerzas de Coriolis —admirables simetrías de la Naturaleza, danzas en las que una pareja se adelanta mientras la otra retrocede, ambas hacen una reverencia cuando les toca su turno y el ritmo del baile no cesa. Uno nace y otro muere, una línea de infantería en la colina es acribillada a cañonazos, y otros uniformes y banderas están ya poco después de nuevo en lo alto de la colina, una descarga los acribilla a su vez. «Así que las cuentas acaban saliendo...». Sí, debe y haber, victoria y derrota, el baño penal en Goli Otok y luego los baños de mar en aquellas mismas maravillosas playas de la isla adriática, el comunismo que nos liberó del Lager y nos metió en un Gulag donde resistimos en nombre del compañero Stalin que entretanto metía a otros compañeros nuestros en los Gulag.

«Las cuentas acaban saliendo y aunque la sangre manche los libros mayores, no borra las cifras ni el cero final, la equivalencia de activos y pasivos». Si hay alguien que puede decirlo ese soy yo, que me he pasado un montón de años en la cárcel en la misma ciudad que había fundado, con sus primeras casas, su iglesia e incluso su cárcel, hace muchos años, cuando en este inmenso estuario del Derwent, en el que no se sabe dónde acaba el río y dónde comienza el mar, en este inmenso vacío en el que no hay nada hasta la nada de la Antártida y el Polo Sur, no había más que cisnes negros y ballenas que no habían sentido clavarse nunca un arpón en su dorso y manar una sangre tan alta como el agua que echan por las narices. La primera ballena la arponeé yo, Jorgen Jorgensen, rey de Islandia y condenado a trabajos forzados, constructor de ciudades y de cárceles, de mi cárcel, Rómulo que acaba como esclavo en Roma. Pero todos estos remolinos de viento que dispersan el polvo de los muertos y los vivos no tienen mucha importancia. Lo decisivo es que a sus pleonásticas preguntas, doctor Ulcigrai, yo pueda responder netamente por lo que respecta a lo esencial, porque sé quién soy, quién era, quiénes somos.

¿Qué quiere decir ese «Si lo sabré yo», esto es, usted? Sí, ya entiendo, está convencido de ello. Toda la verdad está en ese cartapacio metido en el archivador —no ha sido difícil sacarlo sin llamar la atención, precisamente delante de sus mismísimas narices. Un juego de niños para quien se ha pasado la vida siendo espiado, perseguido, fichado, registrado, en la

comisaría, en el Lager, en el hospital, la Ovrá, la Guardia Civil, la Gestapo, la Udba, el penal, el Centro de Salud Mental, y hay que hacer que desaparezcan cada vez los papeles. Incluso comiéndoselos, si hace falta; en cualquier caso enredar en ellos, antes de que te pillen. Ahora la carpeta está de nuevo allí, sacada y vuelta a poner en su sitio sin que nadie se haya dado cuenta de nada. Total esos papeles ya no los miráis, desde que os habéis vuelto tan modernos y os basta con apretar una tecla para saberlo todo. En cualquier caso, mi expediente está en el archivo y en mi cabeza, aunque sea aquel el que pretenda contener y explicar mi cabeza. Centro de Salud Mental de Bárcola, resumen del historial clínico de Cippico —también Cipiko, Cipiko—, Salvatore, ingresado el 27 del 3 de 1992, tras un previo internamiento de urgencia un mes antes. Será verdad. Ha pasado tanto tiempo... Repatriado desde Australia, con domicilio anterior provisional en casa de Antonio Miletta-Miletich en Trieste, calle Molino de Vapor, 2. Estupendo, os la he dado. Lo primero de todo es cambiar de nombre y dar una dirección falsa. Ellos tienen la manía de encasillarte de una vez para siempre, de meterte ya ahora en un verdadero nicho, nombre, apellido y dirección esculpidos por la empresa de pompas fúnebres de una vez para siempre, y tú en cambio vuelves a barajar nombres, fechas, números —algunos los dejas así como estaban, con otros enredas un poco, así no entienden ya nada y no saben adónde ir a buscarte. Me parece estupendo que se crean que estoy con la cabeza arriba allí arriba, en Bárcola, mirando hacia Istria al otro lado del golfo de Trieste, la catedral de Pirano y Punta Salvóte, así aquí abajo, en las antípodas, a nadie se le ocurre ponerse a buscarme entre los que van cabeza abajo.

Nacido en Hobart Town, en Tasmania, el 10 del 4 de 1910. Si lo decís vosotros. Viudo —error garrafal. Casado. El matrimonio es indisoluble, le importa un pito la muerte, la suya y la mía. Profesión habitual, ninguna —una sí, a decir verdad, detenido. E interrogado. En el pasado desempeñó diversos oficios. En Australia consta que trabajó como tornero, después como tipógrafo en la tipografía del Partido Comunista de Annandale, Sidney, y como periodista en el *Risveglio* y en *Riscossa*, de la misma ciudad. Inscrito en la Liga Antifascista de Sidney desde 1928 y en el Círculo Matteotti de Melbourne, activista militante, implicado en los

enfrentamientos de Russell Street de Melbourne en 1929 y en Townsville en 1931. Fue expulsado de Australia en el 32 y regresó a Italia, donde ya había vivido de niño con su padre, entre el final de la Primera Guerra Mundial y la llegada del fascismo. Con qué cara de satisfacción está leyendo, doctor, ni que se tratara de cosas suyas, ni siquiera se da cuenta de las tachaduras y los retoques.

El mérito es suyo, más que mío; soy un poco torpe manejando ese trasto, con todas esas teclas, y si no me hubieran dicho que se llama PC, como el otro, ni siquiera lo habría intentado. Psicoterapia informática, nuevos tratamientos tecnológicos para los trastornos psíquicos. Así es mucho más fácil forzar un fichero. Basta algún que otro golpecito en un par de teclas, en lugar de tantas gaitas para distraer al dragón y robar el tesoro, y eres tú el que entras dentro de la ficha, en tu vida, y la mangoneas e inventas a placer. Bueno, solo alguna modificación de fechas y de lugares y algún nombre camuflado, retoques modestos, no era cuestión de abusar y además tampoco hubiera sido capaz. En cualquier caso, no tengo demasiadas objeciones que ponerle a esa ficha mía. Así que...

Trabajó algún tiempo como empleado en los astilleros de Monfalcone y en la sociedad marítima Sidarma. Despedido tras su detención por propaganda y actividad antifascista. Militante del partido comunista clandestino. Detenido en diversas ocasiones. Confirmando. Participó en la guerra civil española. Militar en Yugoslavia; partisano después del 8 de septiembre. Deportado a Dachau. En el 47 emigró junto a los dos mil «monfalconeses» a Yugoslavia para construir el socialismo. Trabajó en los astilleros de Fiume.

Tras la ruptura entre Tito y Stalin, arrestado por los yugoslavos como cominformista y deportado en el 49 al Gulag de Goli Otok, la Isla Desnuda, o Calva, en el Cuarnero. Sometido, como los demás, a trabajos inhumanos y extenuantes, a vejaciones y torturas. Es probable que se remonten a esa época sus trastornos delirantes y sus acentuadas manías persecutorias. Ya me gustaría verle a usted, doctor Ulcigrai, después de un tratamiento como aquel, Dachau y Goli Otok, terapia intensiva, doble dosis. Personas a las que informar, ninguna. Exactamente, a nadie. Además sería peligroso si hubiera alguien informado sobre mí —tarde o temprano todo el mundo

acaba por irse de la lengua, a lo mejor convencido de estar haciendo algo bueno, porque le han dicho que eres un enemigo del pueblo, un traidor.

En 1951 emigró a Australia. De constitución particularmente robusta. Cicatriz como resultas de una tuberculosis ósea contraída en Dachau. Otras cicatrices en distintas partes del cuerpo. Tendencia mitómana a exagerar sus propias adversidades. Qué fácil es decirlo para quien no ha estado un solo día enchironado. Ideas paranoides —claro, después de haber estado en todos los Lager de la tierra tengo la manía de creer que me persiguen. Obsesionado por la deportación a Goli Otok por obra de los yugoslavos en 1949. Tal vez se pregunte usted por qué esa obsesión, otra estupenda pregunta retórica...

De todas formas esas preguntas retóricas —debe de haber sido el reverendo Blunt el que me dijo que se llaman así— me gustan, porque enseñan que no hay nunca respuesta a las preguntas, a menos que uno no la tenga ya en la cabeza y se la dé él mismo, como hace usted a menudo poniéndomela en la punta de la lengua, pero entonces es inútil seguir preguntando nada. Y sin embargo tal vez no; sienta bien oír lo que ya se sabe como respuesta; es solo la propia voz lo que se oye, como cuando allí arriba en la gavia se grita al viento. El grito se pierde en el mar, lo que has gritado no lo oyes más que tú, pero no estás muy seguro de que sea tu voz, a lo mejor una ráfaga de viento te ha traído la de otro, chillada desde lo alto de otro barco que ha desaparecido más allá del horizonte, como vi desaparecer a tantos en los años que pasé por todos los océanos; el barco surca rápido los mares y deja atrás las voces que suben de la cubierta y la bodega, pájaros que revolotean en la popa y luego se quedan atrás perdidos. Durante un rato todavía distingues las voces, luego es un griterío indistinto, el viento te da en la cara y las alas de los pájaros te chirrían dentro de los oídos, voces, gritos, palabras, toda una chusma salvaje y flagelada dentro de tu cabeza.

Sea de quien sea, una voz es de todas formas un consuelo tras horas y más horas de soledad en un sombrío y fétido calabozo o allí arriba en la gavia, entre los golpes de mar que se lanzan para arriba, sordos y espumosos cañonazos contra las murallas de las nubes. Ya se puede gritar todo lo que se quiera, solos o muchos a la vez —no, no se está nunca solo,

siempre tienes a alguien allí encima de ti—, pero nunca te responde nadie cuando pides algo de lo que necesitas. Todos mudos, como *Sir George*, que se calla cuando le suplico que presente en Londres mi solicitud de gracia, después de tantos años de colonia penitenciaria aquí abajo.

Incluso cité a Aquiles y a Agamenón —que, como leí en aquel escrito mío, saco a relucir diciendo que solo los reyes y los héroes de su talla tienen necesidad de un Homero para cantar sus gestas— para impresionar al Gobernador y a los de la Compañía de la Tierra de Van Diemen. Tienen que metérselo en la cabeza, y recordarlo, que no solo sé manejar el hacha para arreglar un remo o para abrir caminos en la selva —y mejor que muchos otros presidiarios—, sino también la pluma; es verdad que me embarqué a los catorce años en un *collier* inglés que llevaba carbón de Newcastle a Copenhague y me pasé cuatro años navegando entre Londres y el Báltico, pero leer libros los he leído —y también escrito—, y conozco a los antiguos tal vez mejor de lo que nuestro capellán Bobby Knopwood conoce la Biblia.

Pero con esta gentuza es trabajo perdido. Los únicos libros que saben leer son los libros mayores de la Compañía, con los pingües beneficios de su monopolio, y los registros del Almirantazgo. El compañero Blasich —el profesor Blasich, profesor del instituto— era un sinvergüenza y me envió creo que adrede a aquel infierno de Goli Otok, pero al menos, con su griego y su latín, sabía apreciar la cultura; por lo demás el Partido ha admirado siempre y enseñado a admirar a los intelectuales, incluso cuando les tapaba la boca quién sabe si para siempre. Pero qué tiene que ver ahora, por qué me pregunta por Blasich, esa es otra historia, qué tengo yo que ver, déjeme respirar, no me enrede, que ya tengo bastante conmigo, como todos, por lo demás...

Déjeme terminar, estaba hablando de Aquiles y Agamenón, que para el recuento de sus hazañas tienen a un Homero a su alcance, mientras que yo tengo que hacerlo todo solo, vivir combatir perder y escribir. Está bien que así sea. Sería indecoroso si ellos, entre batallas, apariciones de dioses y ruinas de familias y ciudades, se pusieran también a hacer el resumen de la jornada; sería lo mismo que pretender que fueran en persona a socorrer a los heridos y a enterrar a los caídos. Para eso tienen a los esclavos devotos de Esculapio y a los sepultureros, igual que tienen a quien les corta la carne

para la comida, y también al aedo que canta a los postres y pone orden en su vida, mientras que ellos lo escuchan amodorrados por la somnolencia.

Eso es, la somnolencia es una cualidad real. Las cosas te resbalan amortiguadas, como si estuvieran detrás de una capa de nieve; haces lo que hay que hacer, incluso matar o morir, pero con despreocupación. Los ricos, los poderosos, son los que poseen esa bendita desidia, y nosotros, los condenados de la tierra, estamos aquí para hacérsela añicos, pero yo también poseo esa virtud soberana, y por eso todavía estoy aquí, entre todas las cosas que se me caen encima, desde siempre, desde que era niño, como el techo de la Sala de los Caballeros, las paredes y los aparatosos retratos envueltos en llamas en el incendio del Palacio Real de Christiansborg de Copenhague, y yo indiferente al fuego y a la destrucción, a la Torre Negra que se derrumba con fragor, a los tizones que me caen encima como una lluvia; niño, sí, pero ya regiamente letárgico en la algazara de la catástrofe, yo que luego reiné en Islandia durante tres semanas, indiferente incluso a la ridícula brevedad de mi reinado, rey solo por esa somnolencia, que protegió mi corazón de la puntiaguda hostilidad de las cosas... ¿Cómo? No, doctor, no se haga ilusiones, sus pastillas y sus frascos no tienen nada que ver, esta calma es mérito mío —y por lo demás, en cambio, galeote, marinero de baja leva, presidiario, condenado a aparejar las velas, a talar árboles en la selva, a romper piedras, recoger arena en el mar helado, escribir y...

Y esa gentuza pone en duda la sentencia con la que comienza mi autobiografía —que escribí solo para ellos, porque me lo pidió el doctor Ross para el Almanaque de Hobart Town. Ese entrometido que nadie conoce y que, cuando nos lleváis a la sala grande y nos hacéis jugar delante de las pantallas, se divierte chinchándome con mensajes que se hacen eco de lo que digo, no responde nunca a mis preguntas, sino que solo repite lo que digo. Ha repetido también esa frase y enseguida ha encontrado algo a lo que replicar. Ya se entiende que no es verdad, nadie puede contarse ni conocerse a sí mismo. Uno no sabe cómo es su voz; son los demás los que la reconocen y la distinguen. Es usted quien sabe cuándo soy yo el que habla, de la misma forma que yo le conozco a usted, a vosotros, a ellos, no a mí. ¿Cómo podría Aquiles narrar su cólera? Aquel delirio furibundo, para él, es algo que retuerce las tripas y hace que tiemblen los labios amoratados,

como cuando se vomita porque el barco se bambolea sobre las olas o porque se ha bebido demasiado, como hacía mi Norah, cuando le daban permiso para salir de la colonia penitenciaria, en el Waterloo Inn, y no solo allí —y también yo, lo admito, pero era mi mujer y la única forma que tenía de mostrar mi respeto por ella ante todos los que se carcajaban en la taberna, porque ya sabían cómo iba a acabar cuando empezaba a beber, era emborracharme con ella. Unidos en la salud y en la enfermedad hasta que la muerte os separe y aquel era nuestro camino, el camino que hacíamos juntos, un hombre y una mujer encadenados. Pero no sabría decir si cuando metía en vereda a aquella chusma era yo un hombre que lucha por su honor, plantando cara a la innumerable indecencia de la desventura, o bien solamente un borrachín que no logra acabar sus frases y se esfuerza por responder en el mismo tono a toda aquella morralla que se mofa de él y le hace reverencias llamándole rey de Islandia.

Sí, doctor, ya hablaremos de esa historia islandesa, figúrese si no quiero hablar de ella, la historia más hermosa de mi vida. He visto que interesa mucho, son muchos, incluso en ese vídeo suyo, los que quieren oírla y quién sabe si repetirla a su modo. Fue al leerla cuando comprendí quién soy —al releerla, porque también la escribí. Ya lo sé, la escribió también Hooker, el gran científico que formaba parte de la expedición y me honró con su amistad, aunque, para decir toda la verdad, embrolló un poco las cosas a propósito de mis vicisitudes y falsificó la historia de aquella extraordinaria revolución —todo el mundo falsifica la revolución, borrones de rencor y mentira sobre quien ha intentado liberar el mundo. Así que he tenido que ser yo quien escribiera la historia verídica de aquellos hechos, mi historia —pero cada cosa a su tiempo, incluso Islandia, sin enredar los hilos, que ya bastante enmarañados están. Yo hago las cosas lo mejor que sé, pero es difícil meter en cintura a una multitud.

Ni yo mismo entiendo siempre lo que me pasa ni lo que se me ocurre, aunque deba coger la pluma continuamente para rectificar las inexactitudes y las mentiras que todos han escrito sobre mí, desde ese desconocido que se ha permitido volver a publicar mi libro sobre la religión cristiana como religión de la naturaleza, añadiendo de su cosecha una biografía mía la mar de calumniosa, hasta todos esos artículos venenosos, falsos, que aparecieron

en la *Borba*, en la *Voce del Popolo*, y quién sabe dónde más. Ya sé, luego se arrepintieron, todos se arrepienten cuando ya no sirve de nada. Pero mientras tanto... Mentiras sobre mí, sobre nosotros. Que éramos agentes de Stalin, o fascistas encubiertos, y que no había sido el Partido el que nos mandó a Yugoslavia, el que nos dijo y nos hizo repetir que Tito era un traidor a la revolución, un vendido a Occidente. Y, cuando volví de Goli Otok, muchos compañeros se hicieron los suecos; es más, se las apañaron para que nadie, por lo menos en nuestra zona, me diese un puñetero trabajo, y de ese modo me fui allí abajo, volví aquí abajo, desde el otro lado de la Tierra, a mi Tasmania. Se llamaba también Tierra de Van Diemen, pero eso era antes, en otra ocasión.

Al menos así me lo parece. No estoy seguro, aunque haya vuelto a poner en orden los hechos y las cronologías, aunque en resumidas cuentas haya escrito la historia verídica y fiel de mi vida y ahora, a medida que la escribo o la dicto a esa grabadora, cuando hablamos juntos, la vuelva a decir y a repetir. De todas formas para eso ya estáis vosotros, para apresarla en vuestra red y transcribirla como os salga de las narices en vuestras pequeñas pantallas y, es más, os doy las gracias por esa página o sitio que habéis querido dedicarme. No sé muy bien lo que quiere decir, pero me gusta la palabra sitio. «Tres marineros que se van a Egipto, / ¡oh!, qué hermoso sitio / que van a ver...». ¿Conoce esa canción? Se cantaba en nuestra tierra, hace tiempo. Si quiere se la canto, así la graba. Total luego escribís lo que os parece y como os parece; cuando aprieto las teclas como me habéis enseñado y me releo o me escucho, descubro siempre cosas nuevas. No, no me preocupo por eso, no se apure. Es más, por mí...

No es que me importe mucho si no consigo ver mi vida, de la misma forma que no consigo tampoco verme bebiendo y sermoneando en la taberna, en el Waterloo Inn. Cuando escribo, y también ahora que lo pienso, oigo como un vocerío, palabras entrecortadas que entiendo a medias, mosquitillas que vienen a zumbear en torno a la lámpara de la mesa y que tengo que espantar continuamente con la mano para no perder el hilo.

No es ninguna novedad, ¿no es así? Está incluso escrito en la ficha. Oye voces que le repiten lo que piensa. Es verdad, las oigo. Y usted no, doctor. Estereotipo, alucinado. Trastornos delirantes. No me impresiona, estoy

acostumbrado a los insultos. Demuestra —demuestro— una inteligencia viva, pero con una evidente disociación ideoafectiva que perturba su orientación espacio-temporal, imágenes mentales que no logra situar en el marco de su experiencia existencial, sino que tiende a elaborar en una novela delirante. No es en absoluto reacio a contarla, tanto de viva voz, a la grabadora, como por escrito; a veces también en el ordenador que, con alguna ayuda y junto a los demás, durante las sesiones de psicoterapia informática, consigue usar un poco. Parece convencido de que está todavía en Australia y sobre todo de ser el clon de un tal Jorgen Jorgensen, un aventurero deportado y muerto en Tasmania hacia mediados del siglo XIX, del que dice ora haber leído, ora haber escrito la autobiografía —como si no se pudiera escribir y luego leer el mismo libro, vaya idea.

Y aun cuando la hubiera leído antes de escribirla, tampoco cambiaría nada. Es tan difícil establecer qué es lo que viene antes y lo que viene después, Goli Otok, Dachau o Port Arthur; el dolor siempre está presente, aquí y ahora. Tiene —tengo, tendría— la sensación de que no se le ha dicho la verdad acerca de su origen. Ya me gustaría verle a usted, doctor, si le dijeran cuándo y por qué empezó a ser un traidor, si pretendieran contarle lo que usted hizo y lo que quería hacer, sus delitos pasados y futuros, como aquellos tipos de la Udba pretendían explicarme a mí —incluso usted cree saber mejor que yo quién soy y quién no. Su, esto es mi, Historial Nosológico, N. Ref. 485, sí que es una buena novela...

No es que yo no tenga mis dificultades. Cuando en Newgate, en medio de toda aquella morralla de ladrones y asesinos —pero desde el primer momento me gané el respeto, no por nada había visto ya la muerte y la había infligido en la cubierta del *Admiral Jhul* o del *Surprize*, bajo bandera danesa y bajo bandera inglesa—, cuando en el calabozo de Newgate, donde me habían encerrado injustamente los jueces de Su Majestad Jorge IV, estaba escribiendo acerca de la verdad de nuestra religión revelada en las Escrituras y en la naturaleza, entendí que los profetas escuchan la palabra de Dios, que a ellos les llega de una forma tremenda, un trueno en los oídos, y para comunicarla a los demás se vuelven del otro lado, se dirigen a los que han permanecido al pie de la montaña, mirando hacia abajo como el reverendo Blunt desde el púlpito cuando predica en la iglesia de la cárcel, y

la repiten, pero esa, al pasar a través de su boca, llega abajo amortiguada, deformada, ya no es la palabra de Dios, sino la de otro. Y eso mismo es lo que me sucede cuando me salen al encuentro las palabras con las que trato de contar mis vicisitudes; me parece que ya no las reconozco, ni las palabras ni las vicisitudes. Quién es el que me tira a la boca esas bolas de barro, bahía bojkot revolución, palabras, tartas en la cara, qué sabor tan raro tienen, no adivino lo que es, más vale engullirlas, tragarlas enseguida... *Sir George*, el iluminado gobernador de nuestra colonia austral, dijo una vez, con un tono benévolo, que mis aventuras le parecían increíbles e incluso yo empiezo a tener dificultades para creérmelas; cuando lo pienso me dan arcadas, quién sabe la cara que pongo cuando siento su peso en el estómago.

Está lloviendo desde ayer, una lluvia incesante que percute en las hojas de los eucaliptos y los helechos, tersas y brillantes en el aire oscuro de humedad, una infranqueable muralla de agua, al otro lado de la cual está todo, los rostros, las voces y los años... También Istria, allí arriba, está al otro lado, en otro mundo, es raro lo bien que me parece verla desde aquí, cercana, como cuando se mira desde la orilla de Bárcola, pero después desaparece, se disuelve... Había muchos cisnes negros, aquel día que remontamos con la *Lady Nelson* el estuario del Derwent River, hace un siglo, quizás dos, bandadas de cisnes negros en el cielo, y de vez en cuando mataba uno. La carne tenía un sabor acre, silvestre, les tiraba algunos trozos a los galeotes encadenados que habíamos venido a descargar mientras estaban masticando sus galletas. Los muelles del Derwent River estaban cubiertos de matas de hierba mojada y resplandeciente, cascadas y cataratas de agua blanca como la nieve caían a chorros en el río formando un polvillo de agua que reverberaba al sol, troncos podridos que se atascaban en los recodos de agua marrón de la corriente, algún que otro canguro desaparecía en la espesura. Allí donde ahora se encuentra Hobart Town estaba la selva con todo el hervidero de su desorden, la luz se colaba y desaparecía como los pájaros en la enramada, las setas y los líquenes trepaban por gigantescos árboles milenarios.

Y allí, en aquella bahía, en Risdon Cove, fue donde desembarcamos, donde desembarcamos a los galeotes; y así es como nació Hobart Town.

Recuerdo perfectamente el día, el 9 de septiembre de 1803. He ido a comprobarlo en mi autobiografía y me satisface que esta fecha esté consignada con exactitud, demuestra la escrupulosidad y el esmero del autor. Hobart Town, primera colonia civil y militar y primera penitenciaría de la Tierra de Van Diemen. Sobre todo penitenciaría. Toda ciudad nace de la sangre; no en balde poco después se produjo la matanza de Risdon Creek, quién sabe si entre los indígenas exterminados habría alguno de los que aquel primer día subió desnudo a la *Lady Nelson* para cambiarnos su lanza por un cisne asado.

Lo digo por decir, porque luego a nadie le ha interesado saber cómo ocurrieron de verdad las cosas; incluso nuestro reverendo Knopwood hizo la vista gorda. Sobre estas cosas, quiero decir, sobre las matanzas, todos hacen siempre la vista gorda. Lo mismo que hizo Nelson, cuando continuó bombardeando durante horas y más horas mi Copenhague después de que la flota danesa, bloqueada en el estrecho, hubiera sido hundida; la ciudad devastada y en llamas había izado la bandera blanca y el almirante Parker en persona, el comandante inglés, había dado la señal de alto el fuego. Pero Nelson se acerca el catalejo al ojo vendado, mira la matanza con el ojo equivocado, cerrado, ve solo negro, ninguna bandera blanca, *I'm damned if I see it*, las bombas continúan cayendo sobre gentes que ya no se defienden, luego siguen todas las ceremonias de la rendición, almirantes y dignatarios con sus uniformes de gala, espadas entregadas y magnánimamente restituidas, la venda es cómoda, ayuda a hacer la vista gorda, a cerrar un ojo a la carnicería.

Matanzas aquí abajo y allí arriba, la aurora boreal y la austral anuncian un idéntico sol de sangre y todos vengamos a magnificar el día que nace, que se fastidien aquellos para quienes ya no nacerá. El sol del porvenir... La Historia, enseñaba el Partido, o mejor, la sanguinaria prehistoria en la que vivimos y viviremos hasta que la revolución final no redima al mundo, tiene la trágica necesidad de combatir la barbarie con medios bárbaros. Y así ya no se entiende quién es el bárbaro, si Tito o Stalin, si nosotros o ellos, si Nelson o Bonaparte. Este acabó sus días en Santa Elena —hice escala allí más de una vez— y yo, rey de Islandia, he acabado aquí, no sé muy bien

dónde. «Tranquilo, basta que lo sepa alguien, no importa quién sea, alguien que haya oído hablar del viaje y del desastroso regreso».

Quién habría dicho entonces, cuando desembarcábamos aquí a los galeotes, que muchos años después yo también llegaría aquí encadenado, igual que ellos —es un decir, encadenado, a mí las cadenas no me las pusieron ni siquiera a bordo del barco que transportaba a todos aquellos desdichados desde Londres hasta aquí abajo, yo a bordo del *Woodman* estaba prisionero, pero hacía de cirujano y comía con los oficiales. Pero no habría creído jamás que un día volvería a Hobart Town de esa forma, como presidiario, cuando fui yo quien arponeó en la bahía la primera ballena que se cazó y mató en aquellas aguas desde el día de la creación. Las ballenas tenían predilección por aquella bahía; venían a jugar y a chapotear creyendo que era todavía la aurora del mundo, el bendito tiempo de los orígenes en que no había ningún arpón que temer, y en cambio los arpones se hincan, desgarran y hacen chorrear sangre desde un tiempo inmemorial. El mundo es viejo, todo es viejo; incluso los aborígenes cada vez menos numerosos son decrepitos, una raza que habría tenido que desaparecer ya en los tiempos del diluvio. La naturaleza se distrajo, pero llegamos nosotros para corregir su distracción.

Continué arponeando ballenas también a bordo del *Alexander*, que regresaba a Londres desde Hobart Town —nos costó casi veinte meses, porque en el Cabo de Hornos nos encontramos con un viento de mil demonios que nos desvió de la ruta, obligándonos a navegar tres mil millas más de lo previsto y a pasar por Otaheiti, por Santa Elena y a lo largo de las costas brasileñas, en un océano que no se acababa nunca. Ahora la lluvia lo oculta todo, chuzos de agua apretados como una empalizada y largas hojas pendulantes de eucaliptos oscurecen la vista del mar, pero el mar está allí detrás, ilimitado, un inmenso atardecer que desciende sobre las cosas —en cambio, de niño, en Copenhague, cuando iba a ver los barcos a Nyhavn, el viento entre las jarcias que sacudía las banderas, el olor salino y aquella luz azul celeste parecían una despejada y fresca mañana, que te hacía sentir deseos de escaparte de casa.

Ya sé, doctor, ya sé lo que dijo el joven Hooker, que intenta patéticamente seguir a su ilustre padre por las sendas de la ciencia, en

particular por las de la botánica. Que hablo por hablar y que las suelto gordas, demasiados canguros y demasiadas ballenas, y el Cabo de Hornos doblado también demasiadas veces, y luego el plagio. ¿Pero a quién he plagiado?, ¿al libro de su padre sobre Islandia? Aparte del hecho de que si acaso es él quien se valió de mi diario inédito y azarosamente desaparecido, nadie mejor que yo, que tuve que sufrir por ello injustamente, sabe lo vana que es la acusación de plagio. ¿Hay tal vez algo que no lo sea? De todas formas, si entonces me decidí a escribir mi historia fue porque no me parecía justo, tal como advierto desde el principio encomendándome humildemente a la misericordia de Dios y al ánimo caritativo de los lectores, que, aquí está, «que mis tristes pero instructivas vicisitudes descendieran sin el consuelo de las lágrimas a las tinieblas de una larga noche silenciosa...».

2

Así que queréis saber si me llamo Tore. Veo que sois muchos los que me lo preguntáis. ¿Que si sé lo que quiere decir *on line*? —Ay, ay, señor. El inglés continúa siendo la lengua de todos los mares y también *Argo*, como habéis querido llamar a este chisme, para dároselas de graciosos, es el nombre de un barco. *Del* barco. Navegar necesse est, estaba escrito incluso en el opúsculo que nos daba las instrucciones para hacernos Cibernautas. Aunque yo prefiera la cinta, como veis; sí, me gusta la voz, en especial cuando quiero mandar a alguien al carajo. Como ahora a vosotros, siempre listos para atosigar a un pobre desgraciado con preguntas indiscretas, para espiarlo, para no perderlo de vista. Claro, *Argo* es también el nombre del dragón de los cien ojos... Pero no estoy tan seguro de que a fin de cuentas seáis tantos, quién sabe si tú también, al otro lado, estás solo y no quieres que se sepa quién eres en realidad. «Alto, en este juego no está admitido buscar la verdad. De todas formas, a ti te gusta preguntar, pero lo que es responder...». De acuerdo, me llamo también Tore (Salvatore) Cippico-Cipiko (Cipico), y si es por eso he tenido también otros nombres, era normal, en aquellos años de lucha clandestina. No como ahora, que parece que no hay otra cosa que hacer que chatear. También el comandante Carlos, Carlos Contreras, fundador del glorioso Quinto Regimiento, núcleo del Ejército Republicano español —No pasarán^[1], gritábamos, después pasaron pero les salió caro, metro a metro; Viva la muerte^[2], chillaban, y se la dimos, la muerte, a muchos de ellos, y no tuvimos miedo de recibirla—; también Carlos, que vivió a la sombra feliz de las espadas, acostumbrado a

no distinguir ya entre su sangre, vertida generosamente y sin miedo, y la de los demás; también el comandante Carlos tenía muchos nombres, cuando el Partido lo mandaba de un sitio a otro por el mundo en nombre de la revolución, y es más, tenía que mandarlo también aquí abajo, para que organizara el movimiento comunista australiano. En cambio, cuando intentaba en vano organizar el amotinamiento de los marineros de Spalato y Pola contra Tito y nosotros estábamos en el Gulag de Goli Otok bajo el *kroz stroj*, se llamaba ya solo con su pobre y verdadero nombre, Vittorio Vidali.

Así que me llamo Salvatore —como Jasón, decía socarrón el compañero Blasich, sanador, el que salva, el médico que conoce los fármacos de la vida y de la muerte. La Historia es una sala de reanimación y es fácil equivocarse con las dosis y mandar al otro mundo a los pacientes que se quería salvar. Salvatore; para los amigos, en dialecto, Tore. Salvatore Cipiko, luego Cippico, en los años veinte, cuando volvimos a Europa y Trieste, Fiume e Istria y las islas del Cuarnero habían pasado a ser italianas, los Vattovaz se habían convertido en Vattovani y los Ivancic en Di Giovanni o al menos en Ivancich, nombres todos ellos *s'ciavi resentai*, esto es, eslavos adecentados como es debido, el Isonzo y el Jadransko More filtrados y depurados en la lengua del Arno.

Tuve también otros nombres, como era costumbre en la lucha clandestina. «Sí, Nevera, Strijéla y...». Basta. Todos lo sabéis ya todo acerca de mí, muchos espías contra uno solo... Este PC controla el mundo aún mejor que el otro, ya se entiende, el viejo PC se ha escacharrado hace quién sabe cuánto. La Historia aprieta una tecla y el Partido desaparece; yo desaparecí con él y sin embargo ahora aprieto una tecla y hago desaparecer a los curiosos desconocidos que quieren saber mis nombres. El de Jorgen no me lo dio una célula del Partido, sino otra, célula también, aunque de otro tipo —pero cada cosa a su tiempo. Port Arthur, hace un siglo y medio, Dachau y Goli Otok, ayer, ahora. Cuidado con esas teclas; de lo contrario se acaba borrando algún trozo y luego ya no se entiende nada, no se sabe quién es el que habla, de quién es esa voz —cuando cambia por su cuenta, y te sale distinta, de la garganta y de no sé dónde, no la reconoces ni siquiera tú.

De todas formas, son problemas vuestros. Nosotros en cualquier caso hablamos de buen grado. Las ganas de hablar las teníamos también antes,

solo que no existían las de escucharnos. Incluso usted tenía que saber poco o nada, doctor Ulcigrai, si, como vi en mi historial, para lograr saber a qué carta quedarse tuvo que pedir prestado algún estudio sobre aquella vieja y atroz historia olvidada. Es esa la verdadera Historia Nosológica, no la mía —es la Historia la que está enferma, enloquecida, no yo. O quizás estoy loco porque me hice la ilusión de poder sanarla, loco igual que todos los sanadores, igual que usted, igual que Jasón, que por una piel de oveja desencadena destrucción y delitos horrendos y locura...

Tome nota, doctor, complete la ficha, explique a sus ayudantes el kroz stroj, aquel ingenioso y atroz sistema que ponía a los detenidos a merced de sus compañeros de desventura, para que se destrozasen a más no poder unos a otros con el fin de congraciarse con sus superiores... Haced si acaso también una prueba entre vosotros, así lo entenderéis mejor. Escriba, si quiere se lo dicto yo, pero escriba. Ojalá lo hubiera hecho entonces, cuando nos exterminaban y torturaban, y todos sin oír nada ni decir ni pío; los gritos no atraviesan el brazo de mar, no llegan ni siquiera a Arbe, la isla más cercana a Goli Otok, la infernal Isla Desnuda. También la llaman Calva. Dios mío, también Arbe había tenido su infierno, cuando los italianos la eligieron para liquidar a los eslavos...

Espero que haya comprendido bien esa historia. Cómo fuimos a Yugoslavia, en el 47, para ayudar a aquel país, que se había liberado de los nazis, a construir el comunismo, cómo por ese motivo dejamos nuestras casas, en Monfalcone, y lo sacrificamos todo, nosotros, que llevábamos ya en nuestras carnes la marca de los verdugos fascistas de medio mundo, y cómo poco después, cuando Stalin y Tito empezaron a darse dentelladas, los yugoslavos nos acusaron de ser espías de Stalin, traidores a Yugoslavia, enemigos del pueblo, y nos deportaron, torturaron, acribillaron en aquella isla, sin que nadie supiera, sin que nadie quisiera saber nada... Mire, yo estuve en Dachau, me jugué la vida para borrar de la faz de la tierra todos los Dachau. Dachau es lo máximo, el apogeo inalcanzable del mal, pero al menos todos supieron enseguida qué era Dachau, quiénes eran los asesinos y quiénes las víctimas, mientras que en Goli Otok eran compañeros los que nos masacraban y los que decían que éramos traidores, y eran también otros compañeros los que no querían saber nada de ello, los que nos callaban la

boca a nosotros y les tapaban a los demás los oídos. Y si nadie escucha, es lo mismo callar que desembuchar; incluso despotricar solos por la calle a más no poder, gesticulando y haciendo muecas, no es lo que se dice mucho.

Ha hecho falta otro vuelco que pusiera todo patas arriba para que alguien se acordara de aquella historia y aquel desastre, un vuelco más grande que ha desencajado el mundo y el futuro y ha acabado por darme la puntilla, metiendo en el desván nuestras banderas rojas y tirando un balde de agua sobre nuestra sangre, derramada por todos. Se ve que cuando todo se va al garete se sueltan las lenguas y se destapan los oídos. Hablar es en cualquier caso un consuelo cuando la revolución, por la que has vivido a lo largo de los siglos y de los años de tu vida, es el trozo arrugado de un globo que ha reventado y se retuerce por el suelo y esos condones acartonados son todo lo que queda de tu vida. Ahora soy yo el que habla, me toca a mí, trapo usado desde hace un tiempo inmemorial para frotar el fondo de la bodega y raspar la mugre de las uñas de la Historia. El viejo trapo, colgado de unas jarcias, rechina al viento que lo sacude; si está empapado de sangre queda mucho mejor, una bandera roja, más hermosa que la azul de tres abadejos blancos que habíamos izado en Reikiavik, Nosotros, Excelencia Jorgen Jorgensen, Protector de Islandia, Comandante en jefe de tierra y mar, durante tres semanas, y luego de nuevo entre rejas, como tantas otras veces.

Sienta bien hablar. Usted también lo sabe, doctor Ulcigrái, que me busca las cosquillas con sus preguntas —discretas, apenas esbozadas, lo preciso para remover las aguas. Las palabras suben, se atascan, se amasan con saliva, tienen el olor del aliento. Hablar, toser, acezar —era fácil que a uno se le hicieran polvo los pulmones en Port Arthur o en Goli Otok, en aquellos fétidos calabozos helados y sufriendo torturas. Las palabras rezuman. El agua presiona contra la tapa de la alcantarilla y se desborda herrumbrosa por la calle, como aquel día en Trieste bajo la lluvia, mientras subía por la calle Madonnina para ir a la sede del Partido y a la vorágine de mi vida.

Cuando hablas, y todo se te agolpa en la garganta, los recuerdos, los horrores, el miedo, el tufo de la cárcel, el ácido del estómago, te haces la ilusión de que esas palabras son algo distinto a las cicatrices que sientes en la cara, al oscuro latir del cuerpo que se consume y a la consunción que

ellas expresan, a las silenciosas catástrofes que tienen lugar en las células y entre los glóbulos de la sangre, hecatombes cotidianas de neuronas, terribles como las de los Lager y los Gulag de las que habla quien ha sobrevivido a los Leviatanes que lo han triturado, vasos sanguíneos que se rompen en pequeñas ronchas azuladas bajo la piel, mucho más pequeñas y pasajeras que las provocadas por los verdugos en los Lager de los que hemos o no hemos regresado, listos para sacrificarnos por el futuro, por la vida que no existe, y para echar en el horno de todos los infiernos nuestro presente, la única vida que teníamos y tendríamos en los millones de años que van desde el big bang al colapso final, no solo de la revolución sino ya de todo.

Inmersos en las tinieblas que empiezan debajo de la piel y hacen del cuerpo, del envoltorio que recibe un nombre y un apellido o un número de matrícula del campo de concentración, una oscura celda subterránea, semejante a aquella en la que acabaron muchos de los nuestros, cuando el mundo se convirtió en la celda de aislamiento de una prisión, en la oscuridad del agujero del retrete en el que el verdugo nos metía la cabeza. En esas tinieblas viscosas como los muros de la cárcel, nos hacemos la ilusión de que las palabras son de otro mundo, mensajeros libres que pronuncian un juicio sobre el verdugo más elevado que el de su tribunal fantoche, y que pueden atravesar los muros de la cárcel como si fueran ángeles para ir a contar la verdad de lo que ha pasado y a anunciar la buena nueva de lo que vendrá.

Tal vez, en algún momento, el superviviente contento de hablar se acuerda de cuando, bajo tortura, el no que quería decir, el gemido sofocado y el borbotón de sangre que le chorreaba por la barbilla eran una sola cosa y tiene miedo de que también las palabras sean solo un borbotón de la carne que ya no puede más, un estertor, un eructo y nada más. Pero luego piensa que aquel vértigo es un engaño, una de las astucias del Lager que quiere doblegarte y trastornarte en lo que más ánimo te da, y que por lo tanto hay que resistir como entonces, decir que no y cantar la *Internacional*, que no es un grito sino el canto de un mundo en el que se gritará menos de dolor. Y así vuelve a hablar, a contar —a quien sea, a usted, a esos maniáticos de la red, a mí—, porque sin palabras y sin fe en las palabras no se puede vivir; perder esa fe quiere decir ceder, abandonarlo todo. En cambio yo... «Pero

abdicar, como en Islandia...». Otra calumnia, otra historia, cada cosa a su tiempo. Es decir, nunca, nunca es el momento adecuado. De todas formas, nunca he cejado y eso creo que se lo debo, a pesar de todo, al Partido. El Partido nos ha estrujado como a trapos, nos ha usado para frotar las manchas de sangre coagulada, y a fuerza de restregar los suelos del mundo nuestra sangre ha acabado por mezclarse con la que teníamos que lavar, pero nos ha enseñado a ser señores, eso es verdad, a comportarnos incluso con los verdugos como un gran señor apaleado por la chusma. Quien combate por la revolución nunca cae tan bajo, aunque la revolución, al final, demuestre ser una pompa de jabón. E incluso la toma de conciencia de que todo se ha ido a tomar viento fresco forma parte de la capacidad de distinguir la objetividad de la Historia, de lo que el Partido llamaba dialéctica pero que desde hace tiempo prefiero llamar señorío y que quizá derive solo de una larga familiaridad con la desdicha.

Hablar, aunque sea solo entre nosotros, es quizá la única forma que me queda de ser fiel a la revolución. La reacción es menos locuaz, va a lo suyo sin piedad pero hace como si nada; se calla y hace que no se hable de lo que ocurre. No por nada tampoco se ha dicho una palabra durante tanto tiempo sobre Goli Otok, sobre aquella deshonra que cayó sobre todo y sobre todos, sobre el Partido, sobre los antipartido y sobre aquellos que desde la otra parte tenían la boca cerrada y se regodeaban al ver cómo acababan los comunistas. «En realidad ahora no se habla de otra cosa, patadas pero también rebuznos de burro al león que está estirando la pata». No se crea que no lo veo. Cuando la revolución se acaba, lo que queda es una inmensa cháchara, porque no queda nada más: todos venga a parlotear, como la gente que ha visto un espantoso accidente de carretera y se detiene en el arcén, en corro, comentando lo sucedido.

3

Querido Cogoi, me dije aquella mañana en Trieste, saliendo de la sede del Partido de la calle Madonnina, la hemos cagao. A diferencia de mi padre, que lo decía incluso ante inconvenientes triviales —una mala mano de cartas en la brisca o la llave de casa que no aparece por ningún lado, por la noche, ante la puerta cerrada—, yo procuro reservar para los verdaderos golpes del destino esa amable expresión de mi dialecto, o del que puedo considerar como mío (y suyo, doctor Ulcigrai, aunque entienda que aquí, en las antípodas, usted pueda haberlo olvidado, aun haciendo ver que se encuentra todavía allí arriba, tal vez para estar seguro de no estar cabeza abajo). En resumidas cuentas, que la trato con respeto. Me parece una forma digna y afable de reconocer las catástrofes y también la señal de una buena educación —de una *Kinderstube*, decía mi padre. Cuando uno se encuentra a un conocido, aunque sea molesto, es de buena crianza saludarle y quitarse el sombrero, y si ese patán es la muerte o una desgracia, es natural intentar esquivarlo y doblar la esquina antes de que consiga pegar la hebra con uno, pero no por ello hay que olvidar las buenas maneras, descendiendo a su nivel.

El tal señor Cogoi tiene que ser un compañero ideal para las situaciones desastrosas; apacible, comedido, tal vez ya haya visto la mano que traza las letras de fuego en la pared y entendido que ya no hay nada que hacer pero no se descompone, es más, ni siquiera habla, solo escucha y hace una señal de asentimiento con la cabeza. ¿No estará aquí, por casualidad? ¿Lo habéis visto? ¡Quién pudiera tener siempre cerca, en el rifirrafe de las cosas, a alguien así, a alguien que se desvive para que no te pongas nunca nervioso!

Recuerdo perfectamente que me dirigí a él de la forma acostumbrada al salir de la sede del Partido, aquel día, cuando me dijeron que tenía que ir yo también, junto a los dos mil de Monfalcone, uno más o uno menos, que habían decidido dejarlo todo, casa trabajo patria, para ir a Yugoslavia a construir el socialismo.

Estaba ya bien entrada la mañana, pero la lluvia y el aire eran oscuros, del color del hierro. Torrentes de agua sucia descendían calle Madonnina abajo, obscenos regueros tiznaban las herrumbrosas paredes; la lluvia caía intensa y a plomo, encerraba el mundo tras las rejas de una prisión. Al caminar intentando guarecerme bajo los aleros de las casas, me di de bruces con una vieja acurrucada contra la pared, vestida de negro; se había cubierto la cabeza con una especie de chal cuyos flecos, empapados de agua, se retorcían sobre la cabeza como serpientes. En aquel sitio la lluvia había hecho que se desbordara una alcantarilla; en medio de la calle el caudal de líquido pútrido y marrón, agrandado por los riachuelos que descendían, se ensanchaba igual que un río. La mujer se agarró a mi brazo; sus ojos negros me escrutaban la cara, al lado mismo de la suya y de su ancha boca, mientras me pedía que la ayudase a cruzar la calle inundada, ya que se lo impedía el paquete que llevaba bajo el brazo, un bulto con una alfombra o una manta o algo parecido cuyo pelo tupido, muy mal empaquetado, estaba mojado y resplandecía con la lluvia. Los faros de un automóvil que pasaba, llenándonos de barro a los dos, lo iluminaron por un momento con un brillo dorado.

Ella se apretaba contra mí; yo la sostenía pero manteniendo la cara hacia atrás para no percibir, a pesar del agua y las rachas de aire, su olor a vieja. A mitad de la calle la mujer tropezó, precisamente en el riachuelo de fango más profundo; la levanté y salté al otro lado de aquella especie de remolino pero resbalé y, con la intención de que ella no se cayese, al echar todo mi peso sobre el tobillo, me lo torcí violentamente —una punzada, el pie se me dobla y se escurre del zapato que el riachuelo se lleva por delante hacia un desagüe que había un poco más abajo. Me vi sobre la acera, al otro lado de la calle, con un pie dolorido, solo cubierto por el calcetín chorreando. La vieja se soltó con agilidad, me pasó una mano por la cara y se alejó rauda torciendo por la primera calle transversal. Antes de doblar la

esquina se dio la vuelta. Sus ojos ardían, un fuego negro, dulce y vulgar; musitó una bendición y desapareció, de nuevo los faros de un automóvil hicieron que brillara como si fuera oro, en la negrura de la calle y el aire, la piel que llevaba bajo el brazo en su paquete deshecho.

Poco después, el compañero Blasich se mofó de mí al verme entrar con un solo zapato, pero luego se interrumpió, me miraba el pie casi con disgusto. La sede del Partido era grande y destartalada; habitacioncillas aquí y allí, pasillos, distribuidores, una sala grande para las conferencias, una escalera interna que, como un plano inclinado, subía hasta las dependencias de los pisos superiores que daban a la calle de la Catedral y desde cuya altura divisaba la colina de San Giusto. Ahora me parece que aquella escalera era un atajo entre dos universos, se entra por donde se prepara la revolución y se sale a otro mundo; la ciudad está a nuestros pies, indiferente, más allá del mar se ven montañas azulencas y puntiagudas, una brecha en un muro, las cimas son esquirlas de cristal que rayan el cielo. Revolución es una palabra sin sentido, como las que inventan y repiten los niños hasta que también las cosas que hay alrededor pierden el sentido igual que esa palabra. Yo por ejemplo decía pirellicinzano, debía de haberlo leído en algún anuncio. Creo que eran dos anuncios distintos, pero no importa, pirellicinzano cinzanopirelli, al cabo de un rato todo el mundo era un balbuceo sin sentido, las cosas licuadas fluctuaban, un chocolate espeso e informe. Y ahora revoluciónrevoluciónrevolución. «Bueno, amigo, vamos por buen camino. Revoluciónrevoluciónpirellicinzano, si esto se entiende la curación está cerca. Matrix revolutions, el gran cataclismo que no le acontece a nadie, los esclavos encadenados que te has deslomado para liberar no existen, avatar de avatares de nadie en un videojuego. Se acabaron los proletarios, un teclado sustituye a la clase obrera, trabajadores del mundo unios en un chip y salid de ahí a la voz de ya cuando se pulse una tecla. Aprende a ir al ritmo de los tiempos. Es fácil, porque no llevan ningún ritmo; basta no emperrarse con las marchas del progreso. Schluss con los delirios de grandeza, redimir el mundo, hacer la revolución, coger una insolación bajo el sol del porvenir. ¿Para qué salir en busca de desgracias? Ese llanto y ese rechinar de dientes, ahí fuera, es un programa como cualquier otro, no vale la pena...».

¿Para qué me pregunta nada si luego me interrumpe? Así que Blasich estaba sentado en las dependencias de la secretaría, a sus espaldas el retrato del Jefe con sus ojillos crueles sobre los bigotes bonachones. «Eetes de mirada terrible, hijo del sol que da luz a los mortales»^[3]. Claro, esas citas clásicas eran una de sus manías, una costumbre vanidosa. Miraba el vaho que salía de la taza de café y se limpiaba el cristal izquierdo de las gafas — solo ese, como siempre— con el pañuelo. En el cuello, el pelo rubicundo y deslucido, casi albino, estaba empapado de sudor; las cejas, más claras, le avejentaban la cara de piel lisa, infantil. «Creo que el mejor sitio para ti son los astilleros de Fiume», decía con su voz sosegada y persuasiva de profesor; sobre su mesa había unos cuadernos, tareas de clase que se había traído del instituto para corregirlas, y *El viaje de los Argonautas* de Apolonio de Rodas abierto, tal vez por la página del fragmento asignado para la traducción. Era conocido por la severidad con que les exigía a sus alumnos: sin el griego, decía, no se puede entender a la humanidad que tenemos que liberar y crear. «Allí es donde van los mejores, los más cualificados, que son también los más preparados políticamente; compañeros como hay pocos, estos monfalconeses, que han visto todo lo que hay que ver en este mundo, muchos han pasado por las cárceles fascistas y por los campos de concentración de Alemania, como tú por lo demás, sin haber cedido nunca..., algunos también por España, por el Quinto Regimiento. Sí, ya lo sé, también en este caso como tú. Gente de una sola pieza, verdaderos revolucionarios...; pero no es ningún juego de niños, ni tampoco una competición noble. Al Partido no le gustan las cabezas locas, para los Oberdank aquí no hay sitio y el extremismo infantil de ciertos revolucionarios ha hecho más daño que toda la policía de los poderosos..., incluso en España, si hubiese sido por los trotskistas y los anarquistas...». Me miraba de vez en cuando involuntariamente el pie sin zapato, bajo la mesa.

«Pero es inútil repetir el abecé de nada. Todos admiramos a esa gente, a esos compañeros de Monfalcone y a todos aquellos que, junto a ellos, lo dejan todo para ir a construir el socialismo en el país más cercano, es decir, en el de nuestros vecinos.

»Yugoslavia ha sido destruida por la guerra; se trata de edificar un mundo, un mundo nuevo, y los monfalconeses se emplearán a fondo para ello...; claro que la situación es compleja, el partido yugoslavo tiene sus problemas, viejos residuos ideológicos, nacionalistas... Por lo demás aquí en Trieste lo sabemos muy bien. Y el compañero Tito, ciertamente genial, a veces incluso demasiado..., y esos compañeros extraordinarios, dispuestos a sacrificarlo todo, entusiastas, y el entusiasmo es valiosísimo, pero... también está la cuestión nacional, que allí es delicada, en especial después de que Yugoslavia se ha anexionado Istria. Claro, la cuestión nacional para nosotros no existe, es un residuo burgués, pero mientras tanto, políticamente, mientras un pueblo y su clase dirigente no estén maduros, tenemos que enfrentarnos con esas posiciones, sin creer que las hemos superado cuando las tenemos aún ahí delante de nosotros, muros todavía fuertes..., sería el típico error extremista, y esos compañeros...

»En resumidas cuentas, estaría bien que alguien con la cabeza en su sitio estuviera allí para ver, para referir, para cooperar y ayudar, ya se entiende, para impedir también si se da el caso y es posible, en cualquier caso para controlar... y sobre todo para informarnos, para darnos a conocer la composición interna, los grupos, las tendencias... Estaría bien que el Partido estuviera al corriente de todo. Con delicadeza, se entiende, más que nada para no ofender a esos extraordinarios compañeros..., porque si se dieran cuenta... podría no ser agradable», me había mirado con aire de satisfacción, complacido, «por lo demás a nadie se le escapa que una misión del Partido no es lo que se dice un paseo...

»Y tú eres más útil allí que aquí. Quizá el Partido haya pensado que para hacer de secretario de una federación local —importante, de acuerdo, autónoma, pero de todos modos local— basta un funcionario como yo, mientras que para una misión delicada, arriesgada..., dentro de ciertos límites, se entiende... Y así, para hablar con franqueza, como se debe hacer entre compañeros, se cierra aquel pequeño equívoco entre nosotros dos a propósito de la secretaría. ¡Oh!, ya sé que tú no aspirabas a ella, eran solo rumores, pero también los rumores pueden ser peligrosos para el Partido; te conozco, te interesan otras cosas, más arriesgadas, como a ellos», sonrió radiante, «en el fondo eres ya uno de ellos, es lógico que vayas con ellos.

Mientras yo, sentado en la oficina, me quedo esperando las disposiciones del Comité Central y corrigiendo los ejercicios de griego entre una llamada y otra..., pero si el Partido quiere... Ya te diremos cómo comunicarnos las noticias, con quién ponerte en contacto», se había levantado tendiéndome la mano. «El compañero Tavani te explicará todos los detalles. Adiós compañero».

Así, querido Cogoi, me marché. Aquel adiós del compañero Blasich fue solemne, casi noble de improviso, afectuoso, la despedida a quien sale de escena y a quien se le pueden abrir entonces sinceramente los brazos, conmoviéndose por su marcha. Blasich ya no tendría que temer por su puesto de secretario y lo que este podría ofrecerle. Bajé por la calle Madonnina, junto a los riachuelos de agua embarrada, llevando torpemente en la mano la edición de *El viaje de los Argonautas* que en el último instante me había regalado, con un insólito arranque de generosidad. «Como recuerdo...», dijo. «Aunque no sé si vas a tener tiempo..., te gustan las buenas lecturas, ¿no? Y con la traducción al lado...». Sentí que desaparecía en aquella grisura, bajo la lluvia y entre la gente; en un determinado momento me imaginé a Blasich que, desde la ventana, me veía empequeñecer y desaparecer —me parece que me estoy viendo, la espalda empapada, los hombros un poco encorvados, el paso rápido de quien sale del horizonte.

4

Un poco de orden, de acuerdo, yo también estaba a punto de decirlo, porque si no soy yo el primero que se pierde. Por lo demás no es culpa mía; con todas esas preguntas que se amontonan, también las respuestas se enredan, porque cada vez tengo que pensar en lo que se me pregunta y cuando voy a responder ya me ha llegado otra pregunta y así puede parecer que contesto sin ton ni son. Por lo demás es la técnica de todos los interrogatorios.

Y no me digáis que no me estáis preguntando nada porque de todas formas oigo vuestras preguntas; las leo en los labios cerrados, en las caras que ponéis, incluso allí, en esas otras habitaciones, o donde sea, cuando os preguntáis todas esas cosas acerca de mí. Las oigo en los oídos, gritadas, chilladas, repetidas, preguntas preguntas preguntas; todos quieren saberlo todo, sacar de la cabeza de un pobre diablo todo lo que es suyo, pensamientos, imágenes, recuerdos, hechos. Hay muchas cosas en la cabeza, sonrisas, mares, ciudades, huracanes que rugen; el viento penetra ululando entre las jarcias, entra en las circunvoluciones del cerebro y no consigue salir de allí, remolinea vortiginoso entre un hemisferio y otro, derecha e izquierda, aquí y allá, boreal y austral. Vi aquella fotografía mía, doctor Ulcigrai, en su mesa, y comprendí que era la mía por el nombre, a pesar de que acerca del nombre habría mucho que hablar..., pero me hubiera reconocido igualmente en esa galaxia nocturna que explota en la inmensidad, en esa corola gris y blanca que se deshace en la oscuridad, retrato robot del fugitivo y detenido Salvatore Cippico-Cipiko, fotografía del carnet de identidad del galeote Jorgen Jorgensen, retrato oficial de Su Majestad el rey de Islandia, sección obtenida mediante resonancia

magnética, técnica Brainvox, he oído que decía ese tiralevistas suyo en la habitual jerga sibilina de los inquisidores.

Sí, hay muchas cosas en la cabeza de un hombre. Había, porque se te las llevan, te vacían; esas placas negras, estriadas de filamentos blancos como estrellas fugaces en el cielo nocturno, que llevan mi nombre, son la imagen del espacio vacío y oscuro que hay en tu cabeza después de que durante toda la vida se te lo hayan llevado todo. Esa oscuridad lechosa, esos grumos fluctuantes en el infinito soy yo —si es ese el retrato de un hombre, ¿se puede contar su historia?, ¿tiene una historia, una vida, esa papilla? Pero entonces Maria, blanca margarita en el oscuro claro del bosque, sus ojos rasgados, tiernos, irónicos..., esas estrellas oscuras, reverberantes en la noche...

De todas formas, doctor Ulcigrai, no las tengo todas conmigo respecto a esos retratos míos traslúcidos del historial que usted tiene. Me veo mejor en el que se publicó en el Almanaque de Hobart Town que ilustra mi boceto autobiográfico. Dudo que sus placas sean tan duraderas y me gustaría mucho verlas, dentro de un siglo.

Es sencillo, nítido. Usted por lo demás ya lo conoce, debe de haber sido usted el que lo metió el otro día en esa linterna mágica que se dirige ora a usted, ora a vosotros en general por ahí, como hacía de vez en cuando por la noche mi tío Beppi... Os voy a hacer magia, decía. Como ve soy muy diligente y me atengo a su invitación a que no nos abandonemos, aquí dentro, a cultivar, como usted dice, nuestros intereses, a participar en vuestros juegos; diosmío, si solo..., nada, nada, es más, muy bien, aprovecho la biblioteca y hasta he aprendido a apañármelas un poco con esas pantallas, a mi tierna edad —que luego si quisiéramos ir a ver cuál es de verdad mi edad..., ¿quizás la infancia? He oído a ese azacán suyo hablar de terapia de juego; así que esta, con todos estos aparatos, es la habitación de los juegos infantiles de la guardería. ¿Qué edad le echaría a ese retrato? Un hombre vigoroso, con dos grandes ojos claros casi incoloros, sin expresión, que miran con tranquila inocencia y van más allá. El mundo se refleja en ese agua, basta abrir y cerrar los párpados y en ese agua removida ya no hay nada, todo se escurre. Ojos claros, insondables, una mirada sin temor de Dios. ¿Mirar las cosas sin preguntarse lo que quieren decir? En

caso contrario se paga caro, algo de eso me sé yo. Frente alta, pelo gris revuelto, nariz grande y boca carnosa, ávida. Viste una vieja levita completamente remendada, pero el pañuelo en torno al cuello...

No soy en realidad tan distinto, me parezco mucho. Eso no debiera sorprenderle ni siquiera a usted, doctor Ulcigrai. Incluso Dolly, una oveja —he visto las fotos—, se parece a Dolly, porque es Dolly, y usted lo sabe mejor que yo, doctor, porque lo ha estudiado, eso por lo menos es lo que quiero suponer, más a fondo que yo, que solo sé lo que he leído en los periódicos de su consulta. Por lo demás he visto que esta historia de la oveja, mía y de la oveja, del clon, le gusta, le ha convencido. Por suerte..., y yo en cambio temía que vosotros, tan escépticos... Claro, los científicos siempre creen que los demás dicen bobadas, pero se toman todo al pie de la letra. Yo solo trato de explicar quién soy, quiénes somos. Y por lo tanto, como cuando se les quiere meter algo en la cabeza a los niños, hay que ser claros, sencillos, como en las fábulas. Que, en todo caso, dicen la verdad.

De todas formas luego la Historia, ya se entiende, te cambia la cara. Así, si Dolly coge la fiebre aftosa, el hocico se le pela y se le llena de escoceduras, ya no se parece a Dolly, por mucho diploide que le hayan puesto dentro.

A veces yo tampoco me parezco. Mire por ejemplo la fotografía en la que estoy con Maria, mi cara ante su sonrisa, blanca resaca que rompe en la orilla, y mire luego mi cara a la vuelta de Goli Otok, esos ojos que no hubieran querido mirar a ningún sitio, y dígame si no hay más diferencia que la que hay entre la fotografía del carnet y ese viejo retrato. A lo mejor fue Westall quien lo hizo, cuando llegó a la Tierra de Van Diemen a bordo del *Investigator* con el encargo de pintar, para la Real Sociedad Científica, el nuevo, novísimo mundo —que luego resultó que era tan decrepito como su gente, que se iba cayendo a pedazos. Nosotros, cuando llegamos, les dimos el golpe de gracia; le cerramos la clavija a una raza agonizante, una eutanasia colonial y por lo tanto un poco violenta —como todas las eutanasias, por lo demás.

Si hubieran sabido trabajar los habríamos hecho deslomarse como animales, como los prisioneros condenados a galeras, pero habida cuenta de que como esclavos no valían nada y de que lo único que sabían hacer era

padecer y morir, nosotros cultivamos esa inclinación, los hicimos desaparecer por completo. Lo dice incluso la enciclopedia que hay aquí en la biblioteca: «Tasmania... Perseguidos e inmolados por los primeros colonos, diezmados a continuación por las enfermedades importadas por los europeos, sus habitantes se extinguieron completamente en 1876...». La última superviviente murió suplicando que no expusieran su esqueleto en el museo y sin embargo allí lo pusieron, como ejemplar de una raza condenada a extinguirse y a ser ultrajada hasta más allá de su extinción. Lo puedo decir yo, que eché la primera ancla, portadora de destrucción, en esta desembocadura; yo, que traje la muerte, las fuerzas de Coriolis destinadas a arrastrar al sucio agujero vortiginoso a aquellas gentes semidesnudas y pintadas de una maloliente grasa coloreada.

¿Quién es ahora, de quién es este mensaje? ¡Ah, firmas como Jorundar, pero te conozco, bacalao...! «También ella, Mangawana, la esposa de una noche en la selva, desprendía un fuerte olor aquella noche entre las hojas, sabía a selva. Le agarré los pies que pataleaban lo mismo que se agarra a un animal y le apreté los pechos, pero luego la besé en la boca y en la mano, en aquellos dedos largos, hermosísimos, como se besa a las mujeres blancas. No es verdad que no me gustaran las mujeres, es solo que era tímido y no me gustaba hablar de ellas, pero aquella noche, en la selva...». ¿De dónde sales ahora, qué te crees? No me impresionáis, es inútil que intentéis confundirme con esos trucos. Soy un navegante, ¿no es así? En todos los mares, del Norte, del Sur, y de esa Red vuestra. Y además se te ha visto el plumero malamente, querido Ciberidiota, que te crees que eres irónico con ese alias y en cambio se ve que copias de oídas. Jorundar no existía todavía aquella noche; viene después, es solo en Islandia cuando me llamaron de esa forma. Mi nombre, aquella noche, era Jorgen —tu noche, Mangawana, esposa mía, mi antepasada, Mena coyeten nena, te amo, Eva embadurnada de tierra entre mis brazos...

«Como más tarde, quién sabe, tal vez una nieta o bisnieta de la hija de aquella noche entre los brazos de mi padre; se enreda la cuenta, no es fácil encontrar certificados de nacimiento de quien ha venido al mundo en el bush, parido de pie con las piernas separadas. Jan Jansen». Un nuevo error, no sé cuántos sois los que estáis conectados, pero no tenéis ninguno la

menor idea de nada. Jan Jansen me llamaba cuando estaba a bordo del *Surprize*. De todas formas no supe nada; poco después de aquella noche volví a zarpar de Hobart Town con el *Alexander*, veinte meses de viaje con huracanes que nos echaban para atrás. En cualquier caso, el que nacía de una Eva negra en la selva nacía muerto, sin derecho a existir, fruto inexistente de una raza extinta, que ya no existe y ya no puede procrear. No nace nadie: es cosa de animales si sucede algo en la jungla y se encuentra bajo unas matas de hierba un mazacote de grumos de sangre.

Pero la sangre fluye, arroyo escondido y casi seco en el desierto, que sin embargo desemboca lejos, y afluye a un rostro cuando el corazón tiembla... Cuando mi padre tomó entre sus brazos a Mangawana, no le importaba de quién fuera nieta o bisnieta aquella muchacha morena que venía de Tasmania —¿y por qué habría tenido que importarle? La llamaba así, jugando, en los momentos de ternura; le gustaban aquellos viejos y desaparecidos nombres indígenas. Y también yo, a aquella muchacha de piel morena que trabajaba con nosotros en Sidney, en la redacción del *Risveglio*, la llamé así, cuando... No, no es una novela delirante, doctor, como usted insinúa en sus folios y sus cintas. Claro que las he escuchado, y luego las volví a poner en su sitio. Le cuesta muy poco a usted contar trolas como una casa de grandes. «Fantasías edípicas desviadas, disociación de la personalidad. Confunde sus experiencias sexuales y sentimentales en Australia, con una mujer de sangre aborígen o mixta, con el desvarío de experiencias eróticas de su pretendido sosias, del que se considera un clon, y proyecta esos delirios sobre sus padres, fantasías incestuosas en clave sublimante». ¡Verdaderas porquerías! «Naturalmente dice no asombrarse ante estos diagnósticos, estar acostumbrado a que le echen encima todas las acusaciones habidas y por haber. El típico y archisabido mecanismo de defensa, la acostumbrada negación». Claro. ¡El acusado, naturalmente, niega! Circunstancia agravante delante de cualquier tribunal. Sabéis lo que hacéis, cuando me ponéis en la punta de la lengua todas esas cosas y me las hacéis repetir, con la excusa de comprobar si he entendido la pregunta, y luego grabar lo que me habéis dictado. Pero todavía no está claro que...

Mi padre se casó con mi madre en 1906. Acababa de llegar de Trieste, cuando los inmigrantes, en especial los procedentes de nuestra tierra, eran

pocos y no era nada fácil llegar aquí abajo, la *Immigration Restriction Act* del gobierno australiano desalentaba a todos aquellos que no fueran anglosajones. Ni siquiera después del 45, cuando llegaron tantos aquí abajo —especialmente de nuestra tierra, triestinos, istrianos, fiumanos, dálmatas; poco después volví yo también—, ni siquiera entonces era fácil, con aquel sello de *displacedpersons* que nos ponían, de todas formas cincuenta años antes era mucho peor, pero mi padre lo consiguió. Comenzó cortando caña de azúcar en Queensland, pero se marchó casi enseguida a Tasmania y su tienda de artículos de pesca, en Hobart Town, iba viento en popa.

Había colgado en la pared, detrás del mostrador, un hermoso cuadro de Vincenzo Brun, alias Almeo, que representaba unos barcos de pesca en el Adriático. Aquel sí que es un mar, pontificaba, ya querría yo veros en el Cuarnero, en el canal de la Morlacca, cuando sopla la *bora*, o, todavía peor, en San Pietro in Nembi —de acuerdo, en croata, Ilovik, no es a mí a quien se lo tenéis que decir—, con el mar más picado que ni sé cuando soplan la *bora* y la tramontana a la vez. Y mostraba aquellos cachamarines y *passeras*, que no les hubiera venido mal construir también a los australianos, decía, embarcaciones y quillas hechos a propósito para atravesar el estrecho de Bass.

Naturalmente sabía también lo temibles que eran el *neverin* y la *nevera*, claro, pero los tifones son una cosa distinta, lo mismo que aquel océano furioso al sur de Port Jackson. Lo recorrí cuando el doctor Bass acababa de bautizar su estrecho y había circunnavegado con el capitán Flinders la Tierra de Van Diemen, descubriendo que era una isla. Atravesé el estrecho de Bass a bordo del *Harbinger*; no querían admitirme a causa de mi nacionalidad danesa y porque había desembarcado ilegalmente tanto del *Surprize* como de la *Fanny*, pero después Michael Hogan, que hacía dinero con todo lo que se le ponía por delante, desde las ballenas al tráfico de esclavos pasando por el transporte de los galeotes, me encontró una plaza de oficial de segunda, casi sin paga. Subrayaron también este hecho, con un sarcasmo fuera de lugar, mis dos sentenciosos biógrafos, Clune y Stephenson, en el libro que escribieron y que encontré en aquella librería de Salamanca Place, no muy lejos de donde estaba la tienda de mi padre, un jueves por la tarde. Un estante entero dedicado a mí, modestia aparte. Hay

incluso un cartelito escrito a mano y en mayúsculas, Jorgen Jorgensen. No sé si esos volúmenes son más o menos dignos de crédito que sus historiales y sus partes médicos, doctor Ulcigrai, pero de todas formas me los he leído a gusto y he tomado incluso un montón de apuntes, como puede ver. Y, como usted mismo me sugirió, cada tanto me copio algunos párrafos, a veces incluso en el ordenador, aunque...

Atravesé aquellos oleajes y aquellos negros espumarajos a bordo del *Harbinger*, que tenía que seguir el rumbo de la *Lady Nelson* por el estrecho de Bass con una carga de ron para venderlo una vez llegados a Port Jackson. Así surcamos aquellos tremendos golpes de mar, olas blanquecinas de una espuma que sin embargo parece negra. El gran Sur es negro, también el mar es negro. Descubrimos también una isla de la que ni Bass ni Flinders se habían percatado y la bautizamos con el nombre de King Island —en honor del gobernador de Nueva Gales del Sur, precisan mis biógrafos. Será ciertamente así, no me acuerdo, pero tengo que haberlo escrito, por algún sitio, si no cómo se las han arreglado para saberlo ellos.

En cambio, me parece recordar bien la playa llena de focas y de elefantes marinos, masas esponjosas que se restriegan, que se encabalgan como olas fangosas y retozan en la resaca, roncós resoplidos de los apareamientos, ladridos de lucha, a veces es difícil distinguirlos... En cualquier caso el primero da más miedo, si pierdes no te llevas solo algún que otro mordisco, sino que te pierdes a ti mismo, todo entero, ni yo sé bien qué.

Mejor mantenerse a distancia de esas islas, en aquel estrecho. Las grandes olas corren, ruedan inmensas y negras hacia el horizonte negro, ni punto de comparación con el Adriático, el Cuarnero y la Morlacca. De todas formas esas aguas nuestras también deben de ser una buena escuela y mi padre no andaba muy desencaminado cuando sermoneaba en su emporio delante de aquel cuadro de Brun. ¿Quiere saber algo más de ese tal Brun? Espere... Ya se ve que tiene nostalgia de nuestra lejana tierra, pues en la biblioteca de este hospital de aquí abajo se encuentran hasta libros sobre la pintura triestina. Así que, ahí va... «Nacido en Trieste, estudios en Melbourne, en Flinders Street, exposiciones en la Victorian Artist's Society y hasta en Nueva Zelanda, después de 1905 se pierden sus huellas». Claro,

el Pacífico es una inmensa tarde en la que desaparecer. Mi padre no andaba muy desencaminado, estaba diciendo, si Gino Knesich, que aprendió a llevar una barca en Lussino, antes de venir él también aquí abajo como emigrante, después de que Lussino pasara a ser yugoslava en el 45, triunfó precisamente en la regata Sidney-Hobart, más o menos mi ruta.

Mi padre, pues, se casó en 1906. En Sidney. Fue incluso a que le hicieran una fotografía en Degotardi, renombrado estudio fotolitográfico fundado por Giovanni Degotardi, natural de Lubliana, y parece que en la boda llegó a tocar Alberto Vittorio Zelman, triestino él también, insigne violinista de Australia, director de la Sociedad Filarmónica de Melbourne, concertista, profesor del Conservatorio, etcétera, etcétera, digno hijo del autor de la memorable y olvidada obra *El holgazán*, memorable y olvidada como cualquier otro noble esfuerzo humano.

En la fotografía, hecha por Degotardi jr. jr., puede observarse la piel un poco morena de mi madre, sus pómulos irregulares, marcados, asiáticos, australasiáticos, en este caso —pómulos panónicos, decía mi padre, al que le gustaban mucho, porque le recordaban los de algunas mujeres de Fiume de origen húngaro. De hecho Maria... Sí, mi madre, que era de Launceston, tenía algo de sangre tasmana —sangre extinguida, de la raza borrada de la faz de la tierra, anulada oficialmente y que por consiguiente, si sobrevivía en algún recoveco de la selva, era ilegalmente. Querría que también en mis venas fluyera esa sangre clandestina, succionada cuando estaba en su regazo, furtiva invasora extraña, pero acogida con amor y hecha suya. La mía la derramé también en España, en Alemania y en Yugoslavia, haciéndome la ilusión de que la derramaba para que nadie pudiera ya volver a exterminar ninguna raza...

Fue a causa de mi madre por lo que mi padre, que la había conocido en Queensland, cuando trabajaba aún con la caña de azúcar, y se había casado con ella en Sidney, se fue a Tasmania, donde ella había nacido y crecido, donde nací yo —en 1910, créame doctor, no insista. Allí es donde, años después, tuve la suerte de volver a encontrar y leer esa autobiografía mía escrita a su debido tiempo para el Almanaque de la Compañía de la Tierra de Van Diemen en Hobart Town. Una autobiografía un poco sucinta y llena de lagunas, pero el espacio que me dedicaron era el que era. Por lo demás,

si tuviera que hacerles la competencia a mis biógrafos y contar todo lo que me sucedió, sería el primero en perder la cabeza; sería como encender una vela en medio de la pólvora, una gran explosión y el barco que salta por los aires...

5

¡Ah, la infancia!, usted quiere la infancia, la adolescencia, sí, en resumidas cuentas, es obvio, doctor, lo que usted quiere es entender, remontarse atrás, al origen y la causa de todo. Bueno, no puede quejarse; no se puede pretender, me parece, ir más atrás todavía. Estamos remontando la corriente, arriba, cada vez más arriba, más atrás, hasta el cigoto, al diploide originario, felizmente trasplantado —no, infelizmente, pero ese es otro problema y ya sé que no le interesa, a nadie le interesa la felicidad. De todas formas, trasplantado en cualquier caso para vivir y sobrevivir, a pesar de todos los Lager de la tierra. Ya sé lo que quiere decirme, se lo leo en la cara, tan indecisa sin embargo —después de todo no se le puede tapar la boca a un paciente, es una de las primeras reglas de la terapia. Esas cosas las descubrieron más tarde; cuando yo nací, no podía nacer ninguna Dolly, todo es una invención mía. Eso es, una invención científica. Los científicos sois todos iguales. Envidiosos, ávidos por ser los primeros en descubrir la verdad; antes no hay nada, solo toscas creencias primitivas, *damnatio memoriae* para el que llegó antes. Y en cambio aquel genial desconocido — un emigrado a Australia, *displaced person* él también— lo había descubierto ya todo por entonces, ya entonces sabía hacernos inmortales a todos, ovejas hombres y diploides; ya entonces en efecto me condenó a la pena eterna de vivir. Mis padres, creo, no podían tener hijos y él, creyendo hacer un bien...

¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? La cruz en forma de doble hélice lo ha despuntado; es justo que sea una cruz, cualquiera que sea, la que venza a la muerte —y la que nos venza incluso a nosotros, los muertos en vida,

marineros que se habían quedado dormidos por fin en una taberna y que de improviso la cuadrilla de reclutamiento forzoso, haciendo irrupción en el figón en busca de brazos para la chusma de Su Majestad, sacude, despierta de malos modos y obliga, tal vez a porrazo limpio, a levantarse y arrastrarse hacia el barco —como me sucedió aquella vez en Southampton— y a trepar de nuevo por las jarcias, a restregar la cubierta, a maniobrar, a encontrarse una vez más en medio de las tempestades y los cañonazos. ¿Por qué despertar al que duerme? Sería tan feliz, si me hubieran dejado descansar en paz; es horrible esa idea de tenerse que despertar todos juntos, en el último día, un último día feliz que en cambio se convierte en un desgraciado primer día, el principio de la eternidad, del Lager que no tendrá nunca fin...

6

Así que la infancia, las infancias, ya voy, ya, está todo escrito aquí, no hay más que leerlo. Aquel ala del Palacio Real de Dinamarca, en Christiansborg, está vacía y silenciosa, salvo el tictac de los relojes del contiguo taller de mi padre y la voz pastosa del Magister Pistorius cuando nos da clase a mi hermano y a mí. En los días de sesión en la Corte Suprema los jueces recorren los largos pasillos con sus togas rojas, precedidos por los guardias. Los pasillos son oscuros, algún que otro rayo de luz se cuele por los resquicios de las escasas ventanas cerradas y las alabardas, al pasar por delante de esas rendijas, resplandecen por un momento como saetas en la noche, vibran y se apagan en las tinieblas. Casi como las ventanas, que abro y cierro de golpe, cuando las piso con la flechita en la pantalla, para entrar en aquel palacio de la infancia... La puerta de la antecámara, al otro lado de la cual está la Sala de la Corte, se cierra a espaldas del silencioso cortejo. También el comandante del Lager pasa con sus ayudantes por en medio de nosotros, alineados en filas silenciosas, muros altísimos que nos separan del mundo —nosotros mismos somos las muertas piedras de ese muro. En Dachau y en Goli Otok, al aire libre bajo el cielo, todo era más oscuro que en los pasillos del Palacio Real. También Gilas y Kardelj, cuando vinieron a visitar el Gulag, pasaron por entre nuestras filas, nuestros muros de tinieblas, como aquellos jueces de las togas rojas. Todo tribunal tiene el color de la sangre —pero esto fue después, mucho tiempo después del final de la infancia.

El rojo se paga. El tío Albestee, presidente de la Corte Suprema, que tenía la más roja y hermosa de las togas, murió porque estaba en la mesa del

rey y no consideró decoroso levantarse para ir a orinar. Se contorsionó con la mayor dignidad posible entre unas punzadas cada vez más insostenibles hasta que le explotó la vejiga, y se desplomó emporcando con una vomitona aquella toga purpúrea. Incluso nuestra bandera roja, que mantuvimos bien alta aun manchada de nuestra sangre y la de los otros, ha caído en un charco de vómito vinoso.

La infancia. La oscuridad, el silencio, la voz de Pistorius que nos enseña los ejercicios de retórica, describir el estupor de un campesino que ve su primer barco, el impío *Argo* más alevoso que el más aleve elemento que es el primero en desafiar, y se pregunta qué puede ser, monstruo escupido por el abismo que se debate en el furor de una herida y agita el agua oscura como los borbotones de la sangre, inmenso pájaro apresado por un pez descomunal que sacude sus grandes alas blancas para escapar sin conseguir desprenderse de su presa feroz ni levantar el vuelo, nube que el viento acucia y percute, cresta espumosa de una ola desmesurada, cólera del dios...

Es hermoso escuchar a Pistorius, que nos enseña a describir los barcos y los naufragios, en aquella sala en penumbra que el sol de la tarde encendía con el fuego del crepúsculo. En las paredes hay retratos de hombres vestidos de negro con altas gorgueras, la cabeza reclinada y grave sobre el pecho como si solo estuviera apoyada en el cuello; cabezas decapitadas y vueltas a poner en su sitio para no dar al ojo, las gorgueras también sirven para esconder la sangre y el tajo, de ese modo nadie se da cuenta de nada. En Dachau, la Comisión de la Cruz Roja encontró todo en orden poco más o menos. Ni siquiera la del Partido Socialista francés, que vino a visitar Goli Otok invitada por el Comité Central del Partido Comunista yugoslavo—dieciséis personas ilustres, de las cuales catorce eran parlamentarios—, vio absolutamente nada; solo instalaciones y barracones limpios para aquella ocasión, prisioneros elegidos a medida, todo en orden y en su sitio. El *kroz stroj* y el *bojkot*, preparados para volver a empezar pocas horas después, estaban allí, a pocos metros, pero invisibles, inexistentes; los compañeros franceses volvieron a casa llenos de edificante satisfacción.

Es fuerte el olor de la sangre, pero los desodorantes son aún más fuertes y no llega a olerse, ni siquiera cuando bulle y corre a ríos. Tampoco

Rankovic, «Marko», el ministro del Interior que vino a inspeccionar la isla, la vio de verdad y no es porque él no entendiera nada de sangre. Sí, me cago en diez, dijo, lo que hemos hecho con estos compañeros... Hasta él se conmovió y se puso nervioso al ver en aquel estado a gente que había luchado con él en los bosques, contra los alemanes, pero tampoco él vio mucho, solo alguna que otra gota de la hemorragia. Hizo que le prometieran que las cosas irían mejor y se fue dejándolas igual que antes. Tal vez, cuando se está acostumbrado a derramarla y a verla derramar, se acostumbra uno a la sangre, ya no se la ve, lo mismo que no se ve el aire.

Quién sabe, tal vez incluso aquí... Había un carnicero, en Orlec, del que se decía que cuando regresaba a casa, embadurnado, hacía el amor con su mujer sin lavarse siquiera las manos; se quitaba el delantal no porque estuviera sucio, sino solo porque en esas circunstancias uno no puede dejar de quitarse la ropa, con independencia de que esté sucia o limpia.

La infancia. Sí, entonces el rojo era solo el de las togas de los jueces, demasiado poco para colorear el mundo. Era estupendo escuchar a Pistorius, con su ancha casaca oscura y el sobrecuello aflojado bajo la barba corrida, declamar y comentar las descripciones de los naufragios en hermosos versos altisonantes. Todavía más estupendo era escuchar, no demasiado lejos del palacio, los relatos de los marineros en el puerto de Nyhavn. Allí los barcos no se hunden, oscilan levemente y hacen ruido, en lo alto entre las velas, en el viento; como mucho se oye que algún barco no ha regresado. Correr por los muelles, saltar a las cubiertas, trepar a los palos hasta que alguien me echaba. Allí arriba entre las jarcias se siente uno pequeño, en el sol y en el viento; un pececillo que podría acabar en el pico de una gaviota, pero sin miedo.

El bamboleo bajo los pies da seguridad, el sentido de una fluida provisionalidad en la que es más fácil huir. Si te echan el guante estás muerto. Y hasta muerto tienes que esconderte, que escapar, porque incluso allí vienen a buscarte, si tienes la mala suerte que me tocó a mí. El frío subantártico me conservó bien, demasiado bien, cuando morí aquí abajo. «Un cadáver en permagel con sus células estaminales todavía vivas...», y la Gestapo de turno, no importa bajo qué otro falso nombre, se apoderó de ellas y me obligó a volver a empezar de nuevo. No tienen nunca suficiente

los verdugos; como si no hubiera penado bastante van y anulan entonces el *ticket of leave*, el permiso para marcharse que el gobernador concede a los presidiarios arrepentidos, con lo que me volvieron a llamar a filas, al servicio obligatorio, a trabajos forzados de por vida y más allá de la vida.

En Nyhavn, entonces, pensaba en marcharme, no en huir. El mundo estaba allí, delante de mí, libre y abierto como el mar, goletas, *brick* y *schooner* con nombres y banderas de los distintos continentes. El olor salobre mezclado al de los grandes almacenes de los muelles, azúcar y ron de las Indias Occidentales, té chino, tabaco y algodón americano, lana inglesa, olivas mediterráneas —también en Istria hay muchos olivos—, aceite de ballena, los gritos de los vendedores ambulantes que ofrecen miel y cerveza. El mundo está allí, al alcance de la mano; muchas tierras están lejos pero aquellos veleros llegan a ellas en un brinco, despliegan las velas igual que las alas de un albatros y atraviesan océanos y tempestades, la paloma regresa al arca no solo con una rama de olivo en el pico, sino con todos los manjares del mundo. También en Hobart Town, cuando mi padre y mi madre me llevan a los muelles, ante mí se extiende la inmensa libertad del mar, una promesa que se ensancha hasta comprender y abarcar toda la vida, como la sonrisa de Maria, horizonte que se abre —cómo habría podido imaginar, entonces, que en cambio...

Incluso más tarde, cuando tras la muerte de mi madre habíamos vuelto a Europa, a Italia, en resumidas cuentas a aquel paraíso marino en sus fronteras orientales que luego se convertiría en mi infierno, el mundo estaba ahí delante de mí. Cogíamos la barca en Querso, salíamos de Ossero o de Miholashica a la luz cenital de julio: piedras blancas del muelle y redes extendidas puestas a secar, onduladas como las orillas del agua en la playa, cielos cobrizos y estrépito de cigarras, la luz se desliza dorada como la resina a lo largo de los troncos, unas barcas se hacen a la mar y se pierden en el arbol de la tarde, también la mirada y el pensamiento huyen más allá del horizonte, hacia delante.

Años después, cuando imprimía un periódico clandestino que se llamaba más o menos así, Adelante, creía que aquella vida delante de mí —de nosotros, de todos, porque solo lo que se hace por todos es digno de ser hecho y vivido—, aquel golfo y aquel mar eran el futuro en libertad. Pero

ya en aquellos atardeceres perfectos de felicidad marina me habían jodido, atrapado en aquel destino ineluctable porque lo construiría deliberadamente con mis manos, con mi libertad que estaba dispuesto a sacrificar junto a mi vida, aunque no supiera bien por quién, por el mundo, por este balón vacío pero pesado, de hierro, al que creí dar un puntapié en la dirección justa, jugando también con la cabeza, como cuando era defensa lateral en el equipo de la escuela, y que me rompió la cabeza y las piernas, cuando me lo echaron encima. Ya cuando salíamos costeando la bahía de Lopar, en Arbe, la proa estaba dirigida hacia Sveti Grgur y Goli Otok —cercanas, lejanísimas, un escueto brazo de mar y un océano de acontecimientos y devastaciones que atravesar.

El mundo es bueno. Tal vez también no lo sea. El taller de relojería de mi padre en Christiansborg, por ejemplo, es hermosísimo. El tiempo se escurre en riachuelos distintos que se cruzan y entreveran; mi corazón late tranquilo y regular —«También el mío, lo oyes, ¿no?»—, pero cuando laten juntos chocan, se ponen nerviosos. Una fibrilación, un palpito jadeante, tengo el corazón en un puño; mire lo loca que se ha vuelto esa línea, vaya garabato, dígame a su tiralevititas que esté más atento con los obscenos bocetos de esa máquina que pretende fotografiar el corazón. En ella se puede leer cualquier cosa, cualquier porquería, como en los dibujos que ese otro esbirro suyo se divierte enseñándome de vez en cuando, preguntándome qué veo en ellos; no se puede bromear así con el corazón de un hombre.

Me gustaba hurgar en el taller de mi padre, entre aquellas esferas de cristal, tan grandes algunas, en las que mi cara y mi figura, mientras pasaba delante de ellas, se achataban y se dilataban, se retorcían en siluetas deformes, pletóricas hinchazones que un instante después se adelgazaban en imágenes larguiruchas y filiformes, guiños fugaces sobre la cara lisa y curva del reloj, estúpido rostro del tiempo que pasa.

A veces esos cristales, esos péndulos, esas esferas y cuadrantes coloreados parecen criaturas del fondo del mar, peces redondos de escamas abigarradas, de piel iridiscente y diáfana, lentas volutas, inmovilidad subacuática. También en los zafiros en los que trabaja mi hermano Urban, que ayuda a nuestro padre preparando el valioso polvo para los mecanismos

de los relojes, está el fondo del mar. Urban pule, talla, agujerea las gemas, las dispone en el mortero, las tritura, las filtra, hasta que solo queda un polvo finísimo y centelleante, una espuma de nada. Cuando me deja mirar un zafiro con una lente, desciendo a profundidades submarinas, a oscuridades azules, a blancuras de nieve y alba, el mar de Otaheiti, donde he dicho —usted ya lo sabe, mis papeles están en sus manos, igual que todo lo demás, me habéis quitado hasta el cinturón de los pantalones—, donde he dicho que fui feliz, pero no es verdad. Aquel paraíso de Otaheiti es un abismo infernal, tiburones y pulpos gigantes listos para despedazarte en las aguas de cielo. Era allí, en los fondos marinos y en las transparencias de aquellas piedras, que la lente movía e iluminaba con mil reverberaciones, donde yo era feliz, una vez y luego ya nunca más. No, lo fui todavía una vez más, en la playa de Miholascica, pero duró tan poco, mientras que aquellas horas o aquellos minutos mirando en el zafiro, descendiendo lentamente a aquellas aguas azules, eran largos, un tiempo dilatado, la fijeza de un acuario. La felicidad está detenida, inmóvil.

Es inútil que ponga usted esa cara con esa sonrisilla, doctor. Sí, ya sé, esa historia de mi madre —siempre la saca usted a relucir—, de que ella miraba solo a mi hermano, de que tenía solo ojos para él, aquella sonrisa cuando él le mostraba sus gemas purpúreas y azul celeste, y para mí en cambio la boca apretada, dura, cerrada..., no es verdad, qué importa que lo haya dicho o escrito yo, no me acuerdo, por qué de repente es como si fuera a misa todo lo que digo, precisamente para vosotros que de ordinario no me creéis nunca. Es otra conjura para desacreditarme, para despojarme de toda dignidad; el lactante, decís vosotros, ya a las pocas semanas de vida no se limita a mirar a la madre, sino que quiere capturar su mirada, ser mirado, así es como se convierte en un ser humano, he leído ese artículo en la biblioteca. ¿Pero si la madre es una sinvergüenza y no le mira, no lo reconoce, y lo deja plantado en medio de la calle? Peor para él, se convierte en un animal, excluido de la humanidad, como los malditos de la tierra, como yo. No me haga enfadar como ayer por la tarde, o antes de ayer, ya lo creo que rompí la ventana, o aunque fueran dos, y luego de nada sirve ir a la carga con Fargan, Valium, Lexotan, Serenase, Litio, Risperdal, Carbolitium,

Risperidone, antes de destrozar la farmacia me quedé con los nombres bien grabados, hay que conocer bien lo que se decide destruir.

¿Qué historia es esa de que mi madre no me quería?, ¿quién es este mentecato de Sfinx que se esconde detrás de la pantalla e insinúa tales enormidades? Ah, conque has desaparecido, conque te has borrado, tenías miedo... Aquella sonrisa clara, aquel semblante cálido y moreno, su boca junto a mi mejilla, delante del Derwent que se abría al mar, aquel italiano suyo tan raro, delicadísimo, un poco gutural. Mi padre le tomaba amorosamente el pelo por aquellas vocales tan abiertas, decía que nadie hubiera dicho que una tasmana pudiera pronunciar el italiano tan mal como los triestinos...

Fue todo lo que tuve, aquella sonrisa. Sí, en Christiansborg era severa conmigo; no me cogía casi nunca en brazos, como hacía a menudo con Urban. Pero era para educarme, para que me hiciera fuerte y capaz de afrontar la dureza del mundo. Urban se quedó siempre en casa; no necesitaba una piel tan coriácea, capaz de soportar los hielos árticos y el sol ecuatorial, las tempestades, los cañones y el látigo. Yo en cambio, ya a los catorce años, cuando me embarqué como grumete en la *Jane*, un barco inglés que transportaba carbón, las hubiera pasado canutas si hubiese sido un niño mimado. Fue mejor que me marchara sin un beso.

Como ve, se acuerda uno de muchas cosas. De vez en cuando me ayudo leyendo esos papeles míos de entonces, como hacen muchos otros, en especial si son ya viejos y se olvidan de lo que vivieron. Un diario o una carta de hace tiempo ayudan a sacar los años del pozo cegado. Así que recuerdo y usted se puede aprovechar. Es un descubrimiento del que usted puede presumir y le cedo con mucho gusto los derechos, yo no soy nada rencoroso, para que haga una hermosa, revolucionaria publicación científica y se atribuya todos los méritos. A mí lo que me interesa es que se hagan las revoluciones, no quién las hace.

Así que no es verdad, como decía aquel profesor en aquella revista ilustrada que había en la sala donde esperábamos a que nos hicieran una resonancia magnética, así que no es verdad que..., espere, me lo copié exactamente, aquí está lo que dijo cuando se armó todo aquel alboroto a propósito de la oveja Dolly: en la memoria del ADN, dijo, no queda huella

de nada de lo que ha sido adquirido, de modo que un clonado, un clon, un resucitado o, mejor, un despertado, no puede recordar nada de lo que le ha sucedido. Tal vez eso valga para Dolly, qué es lo que podría recordar una estúpida oveja, pero no para mí, que lo recuerdo todo. Evidentemente los hielos antárticos han conservado bien mis células, que siguen plantando cara a todo el horror y el trajín de los acontecimientos.

Así que recuerdo, sí, y vaya si recuerdo. Aquella barca que regresa a Miholascica llena de congrios, de dentones y cabrachos, y mi padre feliz, que mira hacia Unie y me cuenta de cuando mi madre, en Hobart Town, me cogía en brazos dentro del agua. Está fría, pero no para mí y por lo tanto tampoco para él, le decía riéndose a mi padre, con aquella sonrisa suya tan cándida como la espuma de las olas. Aunque en Miholascica el agua esté más fría que en el resto de la isla, añadía mi padre, salvo en Plava Grota bajo Lubenice; tienen que ser las corrientes de agua dulce que se filtran bajo las rocas del lago de Vrana, quién sabe lo que le hubiera gustado este mar. Pero todas estas cosas son tan vagas, tan fluctuantes...

La infancia en Christiansborg, por el contrario, está bien documentada, hasta por escrito. Aquellas paredes del pasillo tapizadas de rojo, dos veces a la semana los criados las cubren con paños negros. En la sala, al fondo, se ve entrar al príncipe heredero Frederik, a su suegro Cari von Hessen y al ministro Bernstorff —es mi hermano quien me susurra sus nombres, mientras pasan delante de la puerta entornada del taller. Cuando entran en la sala, se entrevén por un momento extraños objetos sobre una mesa, candelabros, algún que otro retrato. Hay también dos hombres, uno de ellos alto, vestidos de oscuro, que trajinan con cruces y velos negros. Se oye parlotear, susurrar, salmodiar, llamar a la puerta. Allí dentro está sucediendo algo. El hombre alto le habla a alguien, que no ha entrado con los demás.

¿A quién quieren evocar, llamar desde ultratumba a este palacio? Debe de ser a Struensee, el gran ministro, como se murmura en el Palacio Real; dicen que tiene el rostro ensangrentado, pero es todavía reconocible. Es extraño, veinte años después de su ejecución, pero es él, torvo y sin embargo suplicante. ¿Qué rostro?, ¿qué edad tienen los muertos? Ahí dentro los otros lo ven. Nadie ve nunca estas cosas, solo los otros. Cuando una tarde la puerta se abre por un momento y yo, que estoy acurrucado en la

sombra, puedo echar un vistazo a la sala, no veo nada, casi nada; manos que gesticulan, un retrato y un polvillo que fluctúa en el aire, un manojo de polvo que brilla con el resplandor de una antorcha, ondea, dibuja una forma, la disuelve, polvo que se levanta de los viejos muebles, un rostro, no, solo algo que se disuelve, una nube, las nubes tienen una forma, no, no la tienen.

¿Por qué molestar a quien lleva muerto ya veinte años? Tratan de evocarlo para que lo vea el rey. Su Majestad Cristián VII no sale casi nunca de su habitación, en el ala opuesta del palacio; se pasa las horas muertas con la vista fija en el cuadro de Hogarth, *Madness thou chaos of the brain*, el labio inferior colgando bajo la boca entreabierta y los brazos caídos a los lados. El doctor Osiander ha dicho que un buen susto —como ver reaparecer de ultratumba al todopoderoso ministro que ensució su lecho y que a él, a pesar de todo, le costó lo suyo dejarse convencer para que hiciera justicia— podría curarlo de su atontamiento. Yo querría ver a Struensee, acaso ensangrentado; no hay que tener miedo de los muertos, solo los vivos pueden hacer daño y de hecho hacen todo el que pueden. Al otro lado de la puerta se oyen algunos golpes, luego la voz del hombre más alto que le dice a Struensee que vaya, por la noche, a ver al rey Jorge de Inglaterra, tal vez de esa forma le pase a él la locura de Cristián VII. Junto a los golpes y a la voz, se oye también una imprecación del conde Bernstoff, debe de haberse hecho daño en una pierna al darse contra la mesa.

Ruidos, voces, un murmullo, algo, nada. ¿Quién habla ahí dentro? Y ahora también, doctor, ¿quién es el que habla de vez en cuando en esa grabadora, cuando usted me interrumpe y aprieta una tecla? Allí, en el pasillo del Palacio Real, estoy yo, de acuerdo; he salido del taller y me he escondido detrás de una columna junto a la puerta de la sala, escucho pero no sé a quién, esa voz sale de dentro —dentro de mí, dentro de la sala, nadie sabe nunca de dónde viene una voz. Yo hablo, hablo, pero durante toda mi vida, y ahora también, no he hecho otra cosa que escuchar y repetir lo que me decían. Pistorius nos había leído aquellos versos en los que Odiseo invoca las sombras del Hades. Para escuchar a los muertos, para hacerles hablar y repetir lo que dicen, hace falta sangre —la de Struensee fue vertida hace veinte años, mana todavía, la sangre siempre mana.

Eso es, llamada por esa sangre, la sombra emerge, da golpes sobre la mesa, susurra al oído del hombre alto y negro que repite sus palabras; también yo las repito, agazapado detrás de la puerta, con el ojo pegado al agujero de la cerradura. El pasillo oscuro se dilata, un gran vacío de sombra, un murmullo cada vez más fuerte, repito aquellas palabras antes de que se desvanezcan. La sombra se rasga igual que una espesa cortina de terciopelo hendida por un sable y la luz irrumpe. Struensee, debe de ser él, grande y cegado en aquella luz, como en aquel baile donde todo se acabó de pronto, las luces estaban encendidas, ardían las teas y las antorchas. «¡Silencio!», gritaba, pero qué es lo que podéis entender vosotros de aquella tarde, en la sala los globos de cristal encendidos temblaban se tambaleaban y mecían, Carolina Matilda, la reina, era el fuego de los ojos detrás de una máscara, perlas de fuego negro encendidas igual que las antorchas, el vino ardía en las copas —yo apretaba unas manos, las soltaba, cogía otras, todos querían darme la suya, déjeme en paz, doctor—, la lámpara que había encima de mí era un globo, el mundo que hacía girar entre mis manos, yo, el todopoderoso ministro, el señor del rey, de su Estado y de su cama... Los ojos de Carolina Matilda resplandecían, asaeteaban y huían como cometas, me envolvían, casi no me di cuenta cuando los guardias me cogieron y se me llevaron de allí, creía que eran caballeros con sus disfraces como los demás, gritaba: «¡Cómo os atrevéis, lo pagaréis con vuestra cabeza! Estáis locos, os volveré a poner las cadenas, la camisa de fuerza», pero yo no hacía caso a lo que gritaba, creía estar bailando todavía mientras forcejeaba entre los brazos de aquellos sinvergüenzas, un remolino se me tragaba, ráfagas de viento se me llevaban a Carolina Matilda de todas partes, se me la llevaban para siempre, pensé, traspasado por aquella palabra como por la luz deslumbrante de un cristal que me penetraba en la cabeza, la sentía dentro, una punzada aguda, muy aguda, extendía las manos hacia ella, los cercos de luz eran el reborde de su vestido, ya no tenía el menor miramiento, le habría desgarrado aquel vestido, la habría besado en la boca y tirado al suelo delante de toda la corte, como tantas otras veces en aquella habitación silenciosa bajo la torre, tantas tardes, una única larga tarde —no recuerdo cómo acabé en el patíbulo, en veinte años se le olvidan a uno tantas cosas...

Un remolino de palabras, dentro, fuera de mí, otras que se apagan, un hilo de niebla que se deshace, el cielo está vacío. En la habitación alguien se suena la nariz, puerca trompeta del juicio, se oye caer una silla; cuando salen —por suerte yo ya me había escapado al taller de los relojes— el conde Von Hessen tiene la cara enrojecida, como la de sus guardias cuando se emborrachan, el conde Bernstorff un aire aburrido, somnoliento, junto a ellos llega al pasillo un olor a mohó, a habitaciones cerradas. Carolina Matilda también estaba muerta desde hacía muchos años, exiliada en Hannover. Pero ella, según decían, no se dejaba evocar, o tal vez ni siquiera lo intentaban, una adúltera envejecida ya no le interesa a nadie.

Ah, el final. Usted quiere también el final, a los médicos lo que más les interesa es el final de cualquier cosa. Incluso de la infancia, de la adolescencia, del tiempo, en resumidas cuentas, tras el que comienza la muerte. Un final tranquilo, sumiso, una pena irremediable pero silenciosa, aquel día en que volví a casa, la casa que estaba pared por medio del almacén de mi padre, frente a no se sabía bien si todavía el gran río o ya el mar inmenso, y ya no encontré a mi madre. No me dijeron nada, sí, algo vago y almibarado que es lo que se dice a los niños, pero yo entendí que aquella desaparición, que aquel rostro que de sopetón ya no está, es toda la realidad, no hay nada más que esa nada. Pero me estoy perdiendo de nuevo en esas otras cosas que sucedieron después, debo de estar cansado, tal vez hasta un poco nervioso, deme algo, Serenase Litio Belivon Risperdal, así me quedo tranquilo y vuelvo a contar las cosas en orden.

El final. Glorioso: un incendio, como un rey bárbaro. Christiansborg arde durante tres días y tres noches, dicen que comenzó en el gran almacén de leña bajo el tejado, que se convirtió enseguida en un homo al rojo vivo. Las llamas desgarran el aire como si fueran flechas, traspasan el descolorido marfil azulado del día y el ébano de la noche como antorchas incendiarias lanzadas contra las gradas, abren brechas por las que el rojo penetra y se extiende, un río de lava se desborda por las almenas, cubre y tiñe todas las cosas. El día la noche el cielo tienen el color del fuego, una única mancha roja bajo los párpados; incluso el aire ardiente que deja sin respiración y corta el rostro como una hoz es rojo. Flores de llamas se abren, enormes, en las aguas oscuras de los canales.

La gran torre está todavía en pie, un gigante negro en medio del fuego, después se derrumba con tres pavorosos estruendos desmoronándose todos los pisos del edificio, que se agrietan produciendo un polvillo sanguinolento; en el humo de las salas tiemblan remotas lenguas de llama, las lámparas brillan como en las grandes fiestas, globos de luz escarlata y trastornada, ellos solos se ponen al rojo vivo antes de caer a plomo y explotar. El taller de relojería también está en llamas, esferas de cristal estallan con secos estampidos, péndulos incandescentes yacen por el suelo hechos añicos, el tiempo se ha hecho cenizas. Vacilan y se esfuman las sombras, alguien rueda por el suelo chillando, envuelto en un cortinaje en llamas que se le ha caído encima.

Ese rojo no tiene prisa, seguro como está de su victoria final. Recuerdo lo fascinado que estaba ante aquella tranquilidad, ante aquella lentitud real. «La inmensa pira colma mi joven corazón de emoción y regocijo intensos. No he visto jamás un mar de llamas como aquel, un espectáculo tan terrible y espléndido. No he contemplado jamás con tanta viveza una destrucción tan espléndida de las cosas y las posesiones». Gracias, seas quien seas, al otro lado de la pantalla, te gusta firmar Apolonio, pero... De todas formas no hacía falta, me acuerdo muy bien de lo que escribí en mi autobiografía. Una gruesa mesa de caoba resiste con tenacidad; las llamas la lamen tímidamente, luego la embisten y la envuelven con furor, pero la madera es fuerte, la capa externa carbonizada cierra el paso a las lenguas ardientes, que se escabullen retirándose atenuadas, sofocadas por su propio humo, luego un paño incendiado que se desprende de los muros se desploma desde lo alto sobre la madera, la ciñe en una vestimenta de fuego, en la camisa de Neso ni siquiera Heracles sobrevive al final, Pistorius fue eficaz al contar la vieja historia.

A veces la destrucción encuentra dificultades, se echa para atrás; entonces recojo un tizón de buenas proporciones y lo acerco a las jambas de una puerta maciza de la que se han retirado las llamas. El tizón les vuelve a dar aliento, las atrae; regresan, se echan sobre aquel escudo que protege una pequeña sala y ya no lo sueltan. Vasijas, pinturas, decorados ornamentales se desploman, arden. Los holandeses residentes desde hace generaciones en la pequeña comunidad de Amagen acuden con sus antiguas casacas de lana

que siguen llevando desde el tiempo de sus antepasados, siluetas negras y escarlatas igual que las sombras proyectadas sobre las paredes en las fiestas como juego, y echan cubos de agua. El rey Cristián VII no puede creérselo, grita que el Palacio Real es seguro y no puede ser destruido y hay que arrastrarle fuera de allí a la fuerza. Magnificencia de la destrucción, majestuosidad que resplandece en la incineración de todas las cosas.

El techo de la Sala de los Caballeros se hace añicos, las lenguas de fuego envuelven los retratos de los soberanos daneses y de los caballeros, serpientes de llama se contorsionan en torno a las corazas y a los abrigos de armiño, los arrancan de la pared, los rostros antiguos se retuercen en las llamas, los ojos hacen guiños y se desvanecen como chispas, las figuras se adelgazan y se acartonan, fetos que vuelven a la nada. El gran reloj es una mancha blanca en las ráfagas de viento ardiente. Cuando, poco después, me embarqué como grumete en el *Jane*, un barco inglés que transportaba carbón —tenía catorce años—, recuerdo lo contento que estaba de no dejarme nada atrás, de que no hubiera ningún lugar de mi infancia al que poder regresar.

7

Aviso de llegada de correo. Colaborar, insistir, abrirlo. Hay un mensaje. «De mis cosas no me lamento, que he encontrado de baños otro establecimiento». Adivina adivinanza. ¿Nadie responde? Sí, hombre, sí, es aquel poemilla de Cesare Colussi; él llegó aquí abajo a las antípodas con el *San Giorgio*, en 1952, un año después que yo, quiero decir ciento cuarenta y nueve años. De acuerdo, no es una poesía extraordinaria, no hace falta que nadie me lo diga a mí que, con toda modestia, de esas cosas algo entiendo. No en balde he escrito dos novelas, una tragedia y una comedia, además de varios ensayos, que solo la envidia de la camarilla literaria londinense impidió que se publicasen. Lo mismo que el viaje a Islandia, por lo demás, que habría sido una bomba. Pero Colussi me cae bien, con su afición a los baños de mar, más contento que unas pascuas por haber encontrado una playa bien resguardada cerca de Melbourne donde poder recalar con su barca, así se le pasaba un poco su nostalgia de la Linterna de Trieste, del Pedocin, como llamábamos a aquel viejo establecimiento balneario al que iba yo también de muchacho, famoso porque los hombres y las mujeres están rigurosamente separados —todavía hoy, según he leído en *Il Piccolo*, el periódico de Trieste que me dais a leer para hacerme creer que estoy allí arriba. Exacto, los hombres aquí y las mujeres allí, de ese modo se evitan complicaciones dolorosas, enredos, incordios, tragedias.

Pero no basta con separar a los hombres de las mujeres. También a los hombres, cada uno por su lado. No, ni siquiera así, ya estar con uno mismo es demasiado, le coge uno gusto a hacerse daño, es como hacerse bojkot. Qué alivio si estuviera solo, sin esta pantalla, sin esta cinta, sin mí. De

incógnito, en privado. Un poco como en la Linterna, sin esas piernas de mujeres ahí tan cerca. Colussi fue hasta el último momento a la Linterna. Yo no, como se comprenderá, yo también iba, pero a otros baños, a los baños penales de Goli Otok. «Espléndidos baños de mar para turistas, reservas hoteleras en...». Si creéis que tiene alguna gracia enseñarme ese folleto ilustrado, distribuido el mes pasado por la Oficina de Turismo croata...

Colussi vino aquí abajo porque, a fuerza de no encontrar trabajo, los pantalones le venían cada vez más grandes y entonces emigró, como tantos otros. Yo no sé por qué vine aquí abajo. Abajo a la Bahía, se decía en tiempos del rey Jorge para referirse a la penitenciaría austral. ¿Pero qué es lo que hubiera podido hacer, cuando me soltó la bestia que me tenía en la boca y me había masticado ya de lo lindo? A mí todavía me fue bien, ni siquiera un año; otros, por ejemplo Adriano Dal Pont, permanecieron allí hasta el 56, tuvieron que esperar a que viniera el compañero Longo para convencer a Tito de que cerrara definitivamente aquel matadero y les diera a sus perros carne enlatada en lugar de carne viva. Y cuando dejé la isla de los muertos, ¿cómo iba a poder quedarme allí, en Trieste? ¿Encontrarme por la calle, como si nada, con el compañero profesor Blasich, o ir a la Linterna y mirar el mar donde todo desaparece, donde había desaparecido mi vida? Tenía ya más que suficiente con aquellos baños.

¿Cómo se llega Abajo a la Bahía? El tal Apolonio tendría que saberlo, ya que pretende contar la historia, ser Orfeo entre los argonautas. El *Woodman* zarpó de Sheerness hacia la desembocadura del Medway, la *Nelly* lo hizo de Bremerhaven, y el tren para Bremerhaven, donde nos embarcaron en la *Nelly*, de Roma y, antes aún, de Trieste. Y el vagón precintado para Dachau —no, de ese ni siquiera se puede hablar.

Los barcos, los trenes, los convoyes, los aeroplanos salen de muchos sitios, pero el punto de llegada es el mismo y se llega de noche. El ancla descende hasta el fondo; más allá de las ventanillas, de los ojos de buey, está oscuro; quizás al otro lado de la tierra es de día, el largo día perpetuo del verano nórdico, y aquí, donde estamos nosotros, es la noche polar, seis larguísimos meses infinitos. En Port Arthur el castigo más duro era la reclusión durante semanas en un calabozo completamente oscuro. He dicho

semanas, pero no sé si son meses, días, años, porque allí dentro, en aquella oscuridad, no sabes cuándo pasa el tiempo, si estás allí desde hace una hora o desde siempre, tal vez no pasa el tiempo. Eso es por lo menos lo que me han dicho, porque yo no he estado en esos calabozos. En otros sí, más tarde.

Aquí está oscuro, doctor, debe de ser el fondo en el que se ha encallado el ancla. También el dormitorio del campo de refugiados es oscuro, los pisos inferiores están inmersos en la oscuridad; entrar en el Silo, el viejo depósito de cereales triestino construido en tiempos del imperio austrohúngaro donde nos habían instalado con los demás emigrados antes de la salida para Australia, era entrar en un nocturno y brumoso purgatorio —era Maria quien lo decía así, años después, cuando a ella también le tocó transitar por aquel purgatorio para pechar por mis pecados. Su voz, en los umbrales de la sombra, aclara cada uno de los recodos de aquellos meandros. El tétrico granero se abre como una corola; no hay más que un enorme cielo azul, lleno de viento.

Maria había abierto la jaula, pero el pájaro de las patas atadas no levantó el vuelo y de esa forma también ella se perdió para nada... Ni siquiera recuerdo bien cómo he acabado aquí con ustedes, doctor, con qué barco he llegado, o mejor, he vuelto aquí abajo. Qué palabra más rara, volver... Regresar con el vellocino de oro, sin que importe después de qué circunnavegaciones. Quizás la vuelta al mundo, como aquella vez con el *Alexander* desde Hobart Town a Londres, quinientos ochenta y siete días, intentando una y otra vez en vano doblar el Cabo de Hornos y arrojados de aquí para allí por las tempestades, desde Otaheiti a Santa Elena, adonde acababa de llegar la noticia de la batalla de Austerlitz —una vez más admirables simetrías, llegar a saber del apogeo de la gloria del Empereur precisamente allí donde este acabará poco después como exiliado y prisionero.

Quinientos ochenta y siete días son muchos días, pero valdría la pena, si llevasen de vuelta a casa. Volverás contento de tu misión, ya lo verás, Tore, me decía el compañero Blasich, te mandamos con los bárbaros cólquidos eslavos, a los confines del mundo, pero tú volverás cuando hayas concluido tu misión, paz entre los pueblos y entre los compañeros, la bandera roja

iluminada por el sol que se pone en el mar resplandece como un vellocino de oro.

En el fondo, me iba solo a Fiume, a setenta kilómetros de Trieste. ¿Por qué el viaje de vuelta ha sido tan largo? El compañero profesor Blasich diría que a los argonautas les toca siempre hacer mucho camino, según algunos remontan incluso el Danubio, o quizás el Don, atraviesan la Sarmacia y el mar Cronio, bajan de nuevo por el océano para volver a entrar por las columnas de Hércules —mare tenebrarum, la inmensidad de las aguas de occidente, el crepúsculo dorado como el vellocino—, una antigua moneda encontrada en Ribadeo, en Galicia, presenta la efigie de un carnero con el pelo de oro. Él, Jasón, vuelve con el vellocino, pero yo, si me hurgo en los bolsillos, no encuentro nada, como mucho esta oblea amarilla suya, doctor, una moneda de oro que se disuelve en la boca y hace que te quedes dormido; el dragón se adormece, como cuando bebe las pócimas mágicas de Medea, y cuando se despierta el tesoro ya no está allí. ¿Dónde está la bandera roja?, ¿quién la ha robado?

Ningún viaje es demasiado largo y peligroso, si te devuelve a casa. ¿Pero existen todavía casas a las que volver?, ¿han existido alguna vez? Yo creía que una de ellas era la calle Madonnina, pero después de Goli Otok se convirtió en la puerta de las tinieblas. Y el compañero profesor Blasich —el empresario de Caronte y de aquellos abarrotados transbordos— si está vivo es porque se bajó a tiempo de la barca y quién sabe si estará relejendo y comentando todavía sus *Argonautas*. Tenía naturalmente otro ejemplar, además del que me regaló. Pero se reía sarcásticamente, cuando le hablaba de mis lecturas —él, que había estudiado filología clásica en la Universidad Normal de Pisa. Comunista con denominación de origen controlado, intelectual burgués del movimiento obrero. Pero algunas lecturas las había hecho yo también, en el instituto y, antes, gracias a la biblioteca de mi padre, en la trastienda de su almacén, y a su amigo Valdieri, también él arrastrado a aquella escurridera del mundo por las fuerzas de Coriolis, que había estudiado en la universidad y luego había tenido problemas con la policía, en Nápoles, porque militaba con los anarquistas. Y le escuchaba cuando le decía a mi padre, por la noche en la mesa, que los griegos habían sido la infancia y la perenne juventud de la humanidad, una época

insuperada, y que solo la revolución podía restituir la humanidad liberada a aquella grandeza.

La revolución, pensaba, era por lo tanto un retorno a casa. En cambio los griegos habían dicho y entendido otra cosa, terrible, la tragedia y el sinsentido del mundo. El hedor de Filoctetes, Jasón que lleva la luz de la civilización a la barbarie de la Cólquide y lleva a la vez nueva barbarie. Gloria e infamia del progreso, la burguesía que destruye las sirenas con una póliza de seguros sobre el barco de Ulises; para los marineros, oídos tapados, y para los señores oídos abiertos a ese canto inaudito, pero brazos y piernas atadas como es debido, de esa forma el canto que trastorna al mundo se hace inocuo.

Aquel canto tenía que aniquilar todo poder; en cambio, quien muere y se disuelve en la nada, es quien lo entona, la sirena de la revolución. Acabada ya entonces, en sus albores, un descubrimiento que desquicia la mente y el corazón, Ajax que arremete contra manadas y rebaños. Un espejismo de los dioses para cegar a los hombres y hacerles culpables... Claro, también yo soy culpable, de la sangre vertida por mi mano y de la vertida de mis venas, de la muerte dada y recibida, de todo; incluso de existir, de perder. Especialmente de perder; es una culpa grave, cuando se combate por la revolución. Esta retirada nuestra... «Retirarse, avanzar..., la historia no es lineal, amigo mío, zigzaguea, por lo menos desde hace mucho tiempo; se agita pero está parada, una muchedumbre que empuja forcejea se palpa en un concierto de *rock* en una plaza, ninguna Larga Marcha porque ya hemos llegado, desde siempre, y el mundo no es infinito, infinita es solo la red, la realidad que no existe. Ganar, perder, es lo mismo; un juego. La culpa es no haberlo entendido a tiempo —pero además no hablemos de culpa, por favor, hay un límite hasta para la moda retro, hace mucho tiempo que ya no hay culpa». Y en cambio cunde por todas partes, aunque te hagas el desentendido como todos, me parece que veo tu sonrisilla... Está en todas partes, nuestra culpa por haber perdido la batalla de Gog y Magog, por no saber ya dar sentido a la historia del hombre... El único consuelo es que por lo menos nosotros lo sabemos, mientras que ellos creen haber ganado; caminan muy ufanos por la pasarela entre los aplausos y no se han

dado cuenta de que abajo no hay ninguna red y de que desde allí se cae derecho a la cloaca hirviendo.

«De mis cosas no me lamento, que he encontrado de baños otro establecimiento». Goli Otok, baño penitenciario para refrescar la memoria de los de Port Arthur y Dachau. ¿Cómo continuaba aquel folleto que alguien, con ganas de bromas de mal gusto, había sacado a colación? «Mar extraordinariamente limpio, ambiente immaculado, inmerso en el silencio», inmenso silencio del mundo acerca del dolor y la infamia. «Goli Otok, isla de paz, isla de absoluta libertad». La agencia turística habla como el Comité Central y la fotografía, con esas aguas azules y esas rocas blancas, es igual de convincente. Nosotros, pijeskari, cavadores de arena, teníamos que estar metidos en ese mar hasta el pecho, incluso en invierno, rascando el fondo con la pala para coger arena y cargar aquellas angarillas, venga arriba y abajo con la pala, en el agua helada. Al cabo de un rato ya no sientes ni siquiera el hielo; la pala va arriba y abajo, si no la sacas rápido llena de arena te llevas un palo, a uno le rompieron la nariz y él continuó allí, a remojo hasta el pecho, con la cara rota, la sangre y el moco helados. La pala se levanta, se ahonda, ya no sientes las manos. La sal las despelleja más que el viento, no hay nada de extraño en ello. El mar no tiene piedad, ¿y por qué tendría que tenerla solo él?

En cualquier caso, siempre el mar. El mar es como el Partido —son otros los que saben adónde hay que ir; la corriente y las mareas no las decides tú, las sigues. «Mi nombre era William Kidd, cuando zarpé, contra la ley de Dios yo pequé, cuando zarpé, cuando zarpé». La voz de los copleros trataba de sobresalir por encima de los gritos de los vendedores de naranjas y de los borrachos de St. Giles's, cuando la *Jane* atracaba para algunos días en Londres, en aquellos cuatro primeros años de mar. Contra la ley de Dios también yo pequé, cuando zarpé —intentaba fingir conmoción, aquel día en Nyhavn, ante la despedida de mis padres, la reprimida tristeza de mi padre, las lágrimas de mi madre, el abrazo de mis hermanos.

Quizá lloraba en serio, tenía catorce años. La melena de mi hermana Trine, que le llegaba hasta los hombros, me envuelve como una ola mientras me echa los brazos al cuello. Una página conmovedora, vayan a leerla en la autobiografía. Me conmoví sinceramente yo también al

escribirla y me conmuevo cuando la releo, pero en aquel momento, lo sé, la única emoción era el alivio de la marcha, el barco que se desliza, hacia los negros horizontes azotados por los vientos, la estela que se borra detrás. Incluso el cetro de Islandia, más tarde, lo dejé igual que se deja un cabo cuando se va mar adentro, y así a mi padre, a mi madre, todas las cosas. Luego en cambio, más tarde todavía, di en llevarme todo conmigo, mi corazón, los corazones de los demás, las banderas..., una carga pesada, que aplasta. Espalda rota. Pero recta. Figúrese qué satisfacción.

Es el mar lo que me llevó a Goli Otok, mucho tiempo antes de que me llevara allí de nuevo la *Punat*, aquella tartana de Caronte, después de que la Udba, la policía de Tito, me arrestara en lo más profundo de la noche y me arrojara a su bodega, encima de un montón de compañeros encadenados. Muchos de ellos ni siquiera sabían que existiera Goli Otok antes de que los llevaran a enloquecer y morir en aquel trozo de luna árida y ardiente y a convertirse acaso en verdugos peores que los verdugos —sucede a veces, lo vi también en Port Arthur, el compañero de celda que te atormenta para caerle bien al guardia y sacar como premio una hora de descanso o un trago de ron.

Pero eso sucedió solo con pocos de los nuestros. Casi todos seguimos siendo más duros que las piedras que teníamos que partir con el martillo y llevar todo el día arriba y abajo. De vez en cuando nos daban a uno u otro de nosotros como carnaza a aquellos ustasha, encerrados allí al final de la guerra, que le cogían gusto a atormentar, una vez más, a sus odiados comunistas, pero esta vez por orden de otros comunistas, y había quien no lo soportaba. Antonio De Pol, por ejemplo, había sido capitán del Quinto Regimiento en España y allí había perdido un brazo sin flaquear, pero cuando en Goli Otok dos exustacha le rompieron el otro y se le mearon en la boca ya no lo soportó, se encaramó a una roca y se tiró abajo, haciéndose papilla contra los escollos.

Como ya he dicho, yo conocía las dos islas de la muerte ya antes de Goli Otok y Sveti Grgur. Había pasado cerca de ellas alguna vez de muchacho, después de haber vuelto a Italia, con la barca de mi padre, que no se cansaba nunca de ver aquellos lugares de su infancia, aquellos mares de los que tanto había alardeado en su tienda de Hobart Town mostrando el

cuadro de Brun. Volvíamos con la barca llena de dentones, de cabrachos y también de doradas, que son las más astutas, hasta que no entran en celo y entonces pican a la primera, como si no tuvieran ganas más que de ensartarse y acabar de una vez por todas. Empezaba a ver las dos islas, primero Sveti Grgur y luego Goli Otok, cuando salíamos de la bahía de Lopar, en Arbe, con viento de mistral. Veía alejarse la isla de Arbe —no sabía, no podía saber, entonces, que al alejarnos en el aire azul garzo se adentraba uno en el futuro, un horrible futuro en el que también ella se convertiría en un infierno como las otras dos islas, en el Lager donde los italianos aniquilarían a eslovenos, croatas, judíos, antifascistas, partisanos e incluso a niños. En Hobart Town, tío Jure, que había emigrado un poco antes que mi padre, me hacía el juego del ángel-diablo, una hoja de papel con un cielo azul en una cara y un infierno rojo y negro en la otra, crees que tienes un hermoso azul celeste y te encuentras en cambio de golpe con aquellas llamas oscuras... Pero cuando salíamos de Lopar, no pensaba que se le pudiera dar la vuelta al papel. La vela blanca estaba desplegada al viento que me daba en la cara, miraba la estela en la popa, en el azul sin fin, y me quedaba dormido.

Me ha servido de poco navegar de bolina. Habría sido mejor si hubiera aprendido a barruntar el mal tiempo antes de que fuera demasiado tarde para amarrar la barca, de esa forma no hubiera acabado en las manos de Ante Rastegorac que, con su único ojo, enseguida veía dónde hacían más daño los golpes. Mejor vivir para el mar que para el Partido. Es que se parecen —algo grande en lo que todo se sostiene y que sabe siempre lo que hay que hacer, incluso cuando caes al agua en invierno y la *bora* te ciega y te ahoga con la *jumarea*, esa especie de humareda de agua y viento que se levanta del mar. El Partido me parecía también una de esas grandes marejadas que traen el buen tiempo al día siguiente, y entonces paciencia si uno se cae o lo tiran al agua. Pero luego un día el Partido desapareció, de golpe, como si de sopetón una esponja hubiese absorbido todo el mar, el adriático y el austral, no dejando más que porquerías y un fanguillo con grumos y todas las barcas encalladas en los bajíos.

¿Cómo puede uno volver a casa, si el mar ha sido absorbido por el gran sumidero que se ha abierto debajo de él y lo desagua no se sabe dónde, en el

vacío? La tierra está seca y muerta, pero no habrá ninguna otra nueva ni un nuevo cielo. ¿Dónde, cómo volver? *Argo*, huyendo de la Cólquide con el vellocino robado, acaba en el golfo de Sirtis, desde donde ya no puede regresar. Por todas partes se extienden los pantanos, el fango y las algas sobre los que afluye la espuma del mar. *Argo* ha encallado, el vellocino pende desvaído; los héroes en la cubierta, derrumbados también ellos como la vieja nave. Jasón guarda silencio, como siempre, ya ni siquiera puede fijar la vista extraviada en el mar, porque ya no hay mar.

«Y la angustia los dominó al contemplar solo el aire y el lomo de la tierra inmensa, extendiéndose a lo lejos monótonamente igual al cielo»^[4]. ¿Oye qué traducción más hermosa? Sí, me ha gustado siempre leer en voz alta, ya desde la escuela, cuando me preparaba por si el maestro me preguntaba. Todos me han interrogado siempre. «Todo estaba dominado por una calma silenciosa», el viento remitía y en el corazón de los argonautas remitía quizás también el deseo de regresar. ¿Cómo, dónde regresar de Goli Otok? «Pues sin duda», dice Jasón empantanado en la arena, «hubiera sido mejor perecer intentando algo grande». Sí, morir en Guadalajara, en Dachau, en la Cólquide combatiendo contra los guerreros nacidos de los dientes del dragón, no en Goli Otok, estrangulados por el pañuelo rojo que nos pusimos al cuello. Por mucho que oteo el mar a lo lejos, yo tampoco veo otra cosa que fango por todas partes.

Sí, carguemos el barco en vilo con obstinado vigor y hombros infatigables aunque estén descarnados hasta el hueso por el látigo de los verdugos que nunca se cansan. «He oído exactamente esta divina voz. Con qué vigor, con qué valentía, vosotros, ¡oh muy nobilísimos hijos de reyes!, llevasteis por las desiertas costas de Libia la nave y toda la carga de la nave durante largo tiempo, acarreándola sobre los hombros para llevarla durante doce días y doce noches enteras!». *Argo*, llevada a hombros, atraviesa el desierto y al final llega de nuevo al mar, vuelve a encontrar el camino del regreso. A nosotros nuestro barco se nos derrumbó sin embargo encima; acabamos aplastados bajo la quilla. «¡Quién podrá contar la aflicción e infortunio con que ellos llevaron a término sus fatigas! ¡De cierto que eran de la sangre de los inmortales! ¡Qué trabajo realizaron obligados por la necesidad!». ¡Ah, usted también conoce y ama ese fragmento...! Sí, ¿pero

quién podrá contarlo? No por cierto un mitómano alucinado con tendencia a exagerar sus propias travesías, como decís vosotros, aquí se trata de otra cosa muy distinta a un Historial Nosológico...